La Nueva Democracia

IN MEMORIAM

ALBERTO REMBAO

26 Septiembre 1895

10 Noviembre 1962

Era bueno, era noble, era lo que hay que ser
cuando se lleva al hombro la piedra del deber.
Y él la supo llevar, esa piedra de hierro,
viendo hacia arriba el águila y hacia sus pies el perro.

Rubén Darío

NUEVA YORK ENERO, 1963

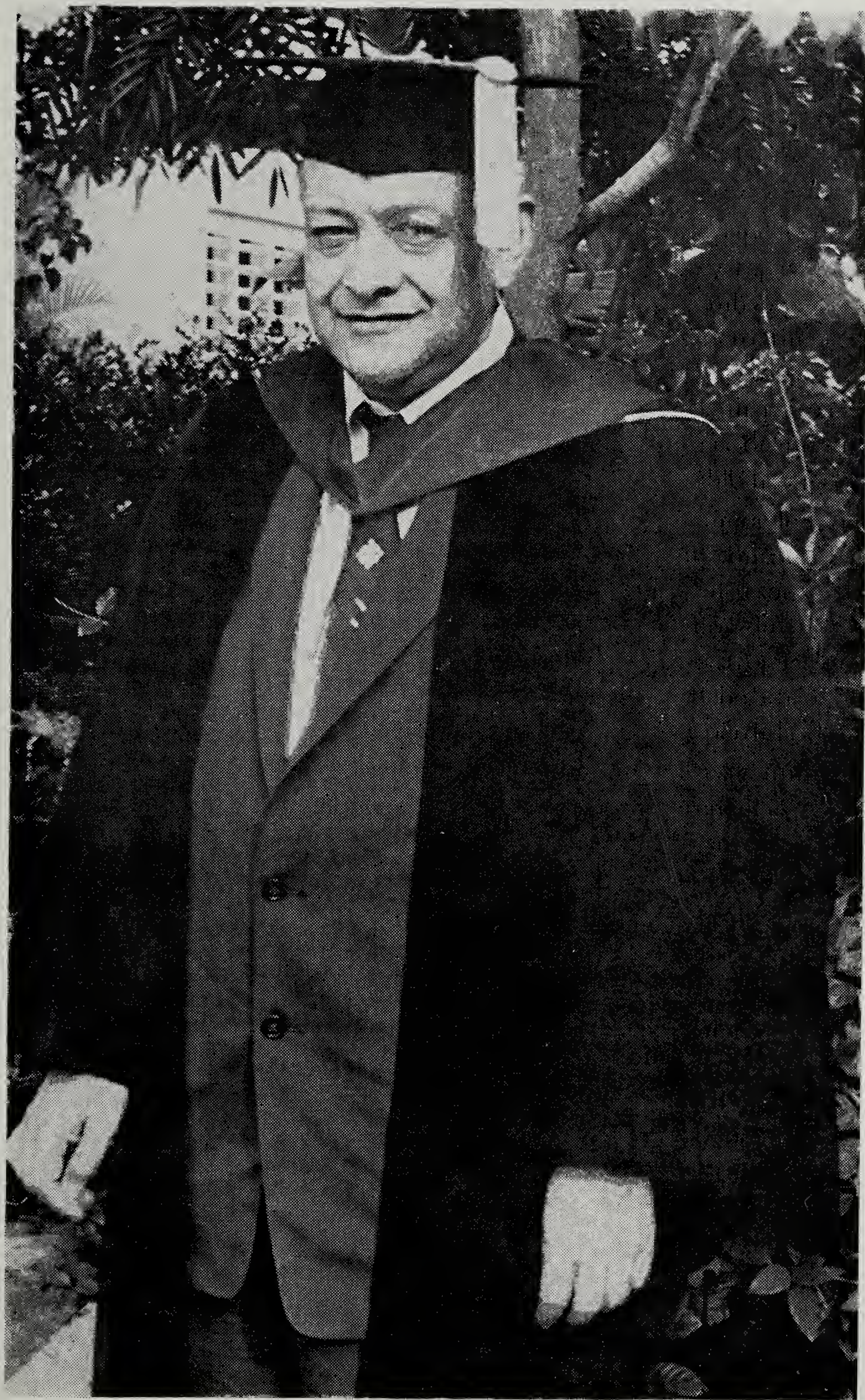
EL CRISTO DE REMBAO

"... tengo a Cristo. Yo no conozco a Dios; pero estoy dispuesto a apostar mi destino y la salvación de mi alma a que ha de ser como Jesús de Nazareth, mismo en quien se vació el Cristo eterno según el decir de la Escritura, decir que yo encuentro muy digno de creer. Yo no digo que Cristo es como Dios; sino que Dios es como Cristo... De lo conocido a lo desconocido...

"... mi Cristo. Cristo de llagadas cicatrices por el bálsamo de la resurrección. Cristo cicatrizado de mi altarcillo íntimo, Cristo de quien sí tengo la presunción de saber un poquitillo... Y no se me interprete mal. Sé de mi Cristo, Cristo mío exclusivo y particular. No es el Cristo de la literatura, ni el invencible, ni el de la iconografía. No es el Cristo beduino, ni el Cristo Parsifal. No es el Cristo de las agonías, ni el Otro Cristo hispano de Mackay, ni siquiera el Cristo de la religión convencional... Es mi Cristo; mi Señor, y mi Dueño, y mi Dios... Por eso cuando he de menester de Dios me voy donde mi Cristo, Cristo diferente.

Cristo que es el mismo que el de los demás cristianos, pero que en fuerza de vivir conmigo ha adquirido la forma de mi ser: yo soy su vaso continente; yo lo formo o lo deformo, según... Pero es el mismo en cuanto es el que se batió con la muerte en Gethsemani y el Calvario. El que invadió, solito y entero, el reino formidable de la sombra infinita. El que regresó de su aventura vencedor. Cristo batallador y valiente: Cristo veterano que retornó de la guerra de los tres días con el cuerpo plagado de cicatrices de gloria. Cristo que supo romper los barrotes negruzcos de la jaula tétrica: Cristo que se absorbe —Esponja Milagrosa— el espacio y que se traga el tiempo y que asimila la eternidad...

"... ¿Señor? ¿Dios o Cristo? Mejor Cristo, porque con Dios puedese equivocar, porque Dios puede ser asunto de filosofía; pero Cristo no: Cristo es asunto exclusivo de religión... Cristo mío, veterano de la guerra de los tres días...



La Nueva Democracia

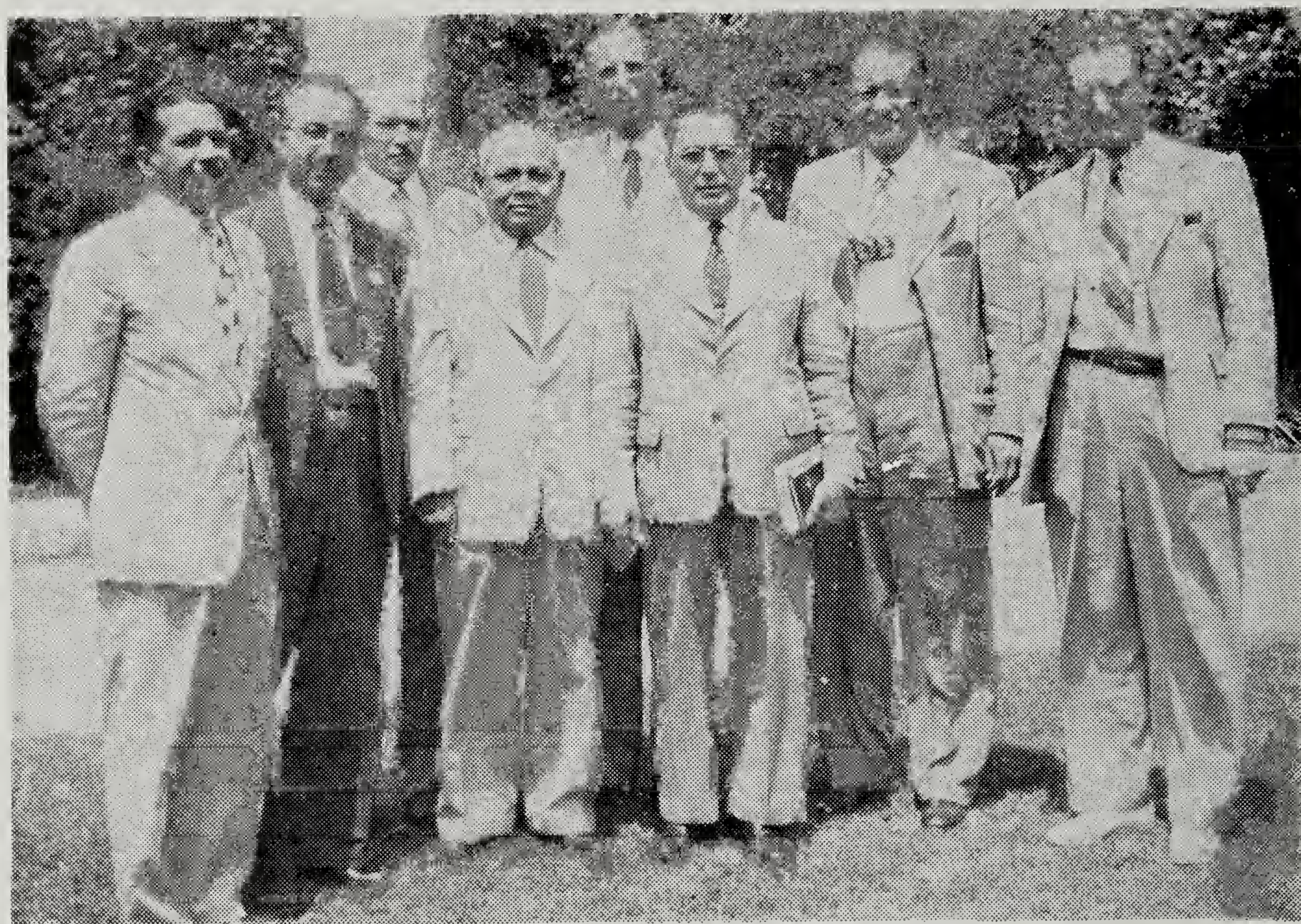
Número Final — Nueva York — Enero 1963

INDICE

LA NUEVA DEMOCRACIA

Revista trimestre publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina.
475 Riverside Drive — New York 27, N. Y.

A magazine published quarterly in Spanish by the Committee on Cooperation in Latin America at 475 Riverside Drive, New York 27, N. Y.



Asamblea del Consejo Internacional Misionero Whitby, Canadá, Julio 1947



Coloquio Latinoamericano, Hartford, Connecticut, Octubre 1959

La Nueva Democracia

Número Final Nueva York Enero 1963

APUNTES BIOGRAFICOS

Fue en Chihuahua, la que él llamaría después "de mis amores", donde nació Rembao. Intensa fue su vida juvenil, tanto que la revolución mejicana, que irrumpe en la historia para 1910, lo tuvo como participante. Que no podía encogerse de hombros al margen del drama de su patria, un corazón tan noble. Fue precisamente en esta etapa violenta de su vida cuando ocurre el hecho que lo lanzaría en brazos de un revolucionario más de raíz que los de la gesta mejicana. Hablamos de Cristo, Capitán a cuyas órdenes rindió Rembao su mejor y más noble milicia. Herido en una pierna, se desangra de modo casi fatal. La gangrena prende y la pierna es amputada. Expresiones de amor de parte de hombres y mujeres seguidores de Cristo, realizan el impacto decisivo. Porque si bien es cierto que desde su infancia Alberto había sido llevado a la Escuela Dominical de una iglesia protestante, y allí cantó los himnos de la fe y escuchó las exposiciones del Evangelio; no es menos cierto que fue ahora, a los diecisiete años y en trance de mutilación física, que su verdadera conversión cuajó en experiencia definitoria. Ahora ocurrió el encuentro con el mutilado del Gólgota y de modo consciente y personal Alberto Rembao se rinde al Cristo de sus más hondas futuras pasiones. ("Oh noche amable más que la alborada . . . ")

A partir de aquéllo su vida, abierta por el dolor a mayores y mejores horizontes, es una de estudio constante y de inquietud lindera con lo místico. Porque al historiar a Rembao hay que echar por delante este binomio funcional en su personalidad: la acción creadora y la fuerza de una mística cristiana, factores que se conjugan en él con armónico equilibrio. Tal vez a esto se refiere su amigo Angel del Río, que se le adelantó en el Viaje, cuando dice que "Rembao posee mente aguda, conciencia auténticamente religiosa y convicciones de hombre liberal". Casi diríamos que su formación tiene un sello de implícita predestinación. La vida tornaría en explícito el cuño de Dios. Es que su vida,

guiada por la obsesión sublime de servir a Jesucristo, la va viviendo en un trámite de dedicación sin tregua. Que sus luchas y agonías le prepararon "para descubrir la razón oculta de los hechos"; que su experiencia mística lo hace capaz de "llegar al alma de los seres". Que aun su estilo —"rembaesco o rembaíno" que dijo Pedro Gringoire— lleva huellas muy suyas y que todo el regalo de su prosa decidora nos llega envueltos en una forma única de decir. Porque Rembao no escribe meramente *para* decir algo, sino que escribe *porque* tiene algo que decir. Hay un sentido de urgencia en todo lo que dice, una premura como de mensaje telegráfico: por eso maneja, como buril, la frase corta. Y es ese algo el que estructura su mensaje, que parece quemarle. Su afán determinante es el de comunicar lo sucedido a su vida cuando se encuentra con Jesucristo, después de la experiencia de la mutilación física, que fue vestíbulo de la experiencia de integración espiritual.

Por la ruta del estudio sistemático alcanzó honores y triunfos. Se hace Bachiller y Licenciado (Master) en Artes. Adquiere el grado de Bachiller en Teología. Más tarde, recibe el grado honorario de Doctor en Divinidad. Los profesores de Pomona College, The Pacific School of Religion y Yale University le tuvieron por alumno sagaz, primero; por ex-alumno del cual se sintieron orgullosos, después.

En lo profesional también llegó a posiciones cimeras. Allá en Guadalajara, en el México de sus entrañas, fue Director del Colegio Internacional. Y allí mismo profesó las cátedras de Literatura y Lenguas Españolas en la Universidad citadina. A partir de esto, su vocación pedagógica lo llevó por caminos muy altos. Como que, en esencia, eso fue Rembao: un maestro. Aún desde su apacible y libresco rincón de la Quinta Avenida primero, al número 156; y de Riverside Drive 475 después, Rembao enseñaba a todo el que llegaba a su lado. Y movido por ésta, su vocación didáctica, prestigió muchos salones de clases en las dos Américas. La relación es larga y honrosa. La Universidad de la Ciudad de Nueva York, el Seminario de la Dotación Hartford, el Seminario Bíblico de Nueva York y el Teológico de Princeton le invitaron a dictar conferencias. Encuentros internacionales le oyeron sus juicios agudos, a veces llenos de sátira y amarga ironía, en su inglés con sabor a México. Y centros de tan bien ganada fama como las Universidades de Columbia en Nueva York, la de Harvard en Boston y la Metodista del Sur le tuvieron como conferenciante ocasional.

Una nota sobre el estilo retórico de Rembao viene bien. Rembao trasladó al púlpito y a la tribuna académica su estilo al escribir. Recordamos, buscando en el cofre de lo personal, la reunión de la Unión Latinoamericana de Jóvenes Evangélicos (ULAJE) celebrada en La Habana para el año 46. Rembao, desarrollando una serie de pláticas sobre "La Vida Heroica", llenó hasta el máximo el templo metodista del Colegio Candler. Todos convinieron en que aquellas pláticas, presentadas *a lo Rembao* por Rembao fueron el centro dinámico de toda la asamblea. Jóvenes y adultos, de todos los rincones de La Habana, se unían a los que habían llegado de todos los rincones de América, para oir la voz de este Maestro. Y Rembao hablaba como si estuviera dictando sus artículos: giros originales, frases cortadas por su tijera propia, neologismos cargados de raíces riquísimas, anécdotas tiernas y hondas, formaron una madeja en la cual él envolvía cada tarde a su cautivo pueblo.

Nadie que haya conocido a Rembao dudará este juicio nuestro: su gran amor, su pasión dominante fue la letra de molde. Si bien es cierto que un púlpito cristiano crecía con su presencia de exégeta, y que una tribuna académica se prestigiaba con su decir hondo y bien cortado, no es menos cierto que su gran contribución a la cultura y al pensamiento de Hispanoamérica la hizo a través de su insobornable vocación periodística. Muy temprano, cuando andaba los caminos de la adolescencia, espigó su amor por lo impreso. Para un sabroso relato referimos al lector al primer capítulo de "Chihuahua de mis amores". Allí Rembao relata, con fino humor y referencias históricas, su iniciación periodística.

En este ángulo de su labor vemos, de nuevo, el índice de Uno que pre-señala rutas. Porque cuando estudiaba en Pomona College él fue nombrado Editor en jefe del periódico que recogía los latidos de la vida estudiantil. Y años más tarde, comenzando en el de 1935, asumiría la dirección de La Nueva Democracia. Hasta su muerte, en 1962, le daría veintisiete años, lo más fecundos, de su vida de pensador y escritor. Aquí maduró su estilo y desde aquí sentó cátedra con sus reflexiones teológico-filosóficas, ya que "el panorama de sus intuiciones, hallazgos, sugerencias y juicios, abarca el horizonte total de los grandes problemas".

Muchos grupos internacionales de periodistas —para ejemplo uno

basta, la Asociación de Escritores y Artistas Americanos de La Habana— le tuvieron como miembro prestigioso. Su llegada a un país cualquiera de América era motivo de programación intensa —como que a la fruta buena se le exprime el jugo— tanto por parte de círculos de intelectuales y escritores, como de las iglesias protestantes. Y Rembao lo mismo dictaba una conferencia cargada de citas y de observaciones incisivas sobre lo filosófico o científico, que predicaba un sermón que hacía llorar de emoción al más sencillo "canuto" chileno.

Agarrado ya en la vorágine arrastrante de la letra de molde, el articulista se desdobló en novelista y en ensayista de veta filosófica amplia y de su pluma salieron novelas y libros y ensayos jugosos. Veamos algunos.

En novela, su *Lupita* es un relato del México epiléptico de la revolución. Su lectura se hará imprescindible al biógrafo futuro de Rembao. Hay mucho de autobiografía en *Lupita*.

Cuando La Nueva Democracia era publicación mensual, se leía con avidez sus "Meditaciones Neoyorquinas", "en las que hacía derroche de gracia y de ironía". Encuadernadas, esas meditaciones dieron el libro del mismo nombre. Son crónicas con encajes filosóficos de muy sabrosa lectura.

Su *Democracia Trascendente* es también obra de interesante material. Son ensayos que lo ponen a uno en contacto con "lo divino y lo humano". Tiene un valor profético indudable.

Quien quiera leer crónica interesante de un viaje a la India tendrá que asomarse a *Mensaje, Movimiento y Masa*. Con aquella su elegancia y sabrosura en el decir, habla de la reunión del Concilio Internacional Misionero a la cual asistió, y de su visita a Gandhi, el santo laico de la India.

Flor de Traslaciones es precisamente eso, una flor cuyos pétalos son artículos vertidos por Rembao al español. Es versión rembaísta porque no fue él traductor a la usanza trillada y tradicional. Bebió y asimiló el pensamiento ajeno y después lo puso "en rembao".

Su *Discurso a la Nación Evangélica* es mensaje de estímulo y desafío a la "nación" de Dios diseminada por el Centro y por el Sur de la América de España.

Pneuma se define en el subtítulo: "Fundamentos Teológicos de la

Cultura". Aquí recoge, en uno de sus mejores volúmenes, el ciclo de conferencias presentadas en el Seminario o Centro Evangélico Unido de México con motivo de su cuadragésimo aniversario.

Su última obra fue *Lecciones de Filosofía de la Religión,* en la cual encuaderna las conferencias dictadas en el Seminario Evangélico de Matanzas, Cuba, en el año en que allí enseñó. Tiene el valor del resumen y de la sistematización, más que el del aporte de su propio pensamiento.

Como traductor Rembao empezó temprano. Los artículos que puso en español son incontables. (Como incontables son los que salieron directamente de su pluma. Allá por el año de 55 se escribió que más de cinco mil habían sido publicados por periódicos de la América.) Mencionemos dos obras por él traducidas. Una, la de W. Stanley Rycroft, *Religión y Fe en la América Latina.* El prólogo es de Rembao, pero él mismo se opuso a que apareciera su nombre de traductor. (Modestia hermosa, pero inútil: ¡como si pudiera esconder su estilo! Sería como pretender cubrir con un dedo el sol.) La otra, terminada poco antes de su tránsito, en premura que parecía hija del temor a lo inconcluso, el estudio del Dr. Juan A. Mackay sobre la Epístola a los Efesios. *El Orden de Dios* será su título en español.

Volvamos al gran amor de su vida literaria: LA NUEVA DEMOCRACIA, su tribuna americana.

La revista nació el 20 de enero de 1920. Apenas cumplía quince años la revista —adolescencia plena— cuando Rembao la tomó bajo su rectorado. Esta, bajo mente tan madura, maduró también en expresión de adultez literaria. Llegó a ser una de las más codiciadas por las peñas literarias y filosóficas de América Latina. Y fue su gran obra. La prole que la naturaleza le negó, la Providencia Divina se la dio a través de la revista, pues que sus "hijos" se cuentan como los granos de arena en las playas de América. Nos parece simbólico el hecho de que ambos, la revista y él, mueran al mismo tiempo: como si aquélla no pudiera existir sin el hálito de vida que sólo él podía propiciarle. O como si él no pudiera vivir sin la presencia de su revista en el mundo hispano. Emilia del Valle nos señala la grandeza de su obra al frente de LA NUEVA DEMOCRACIA. Sean sus palabras a manera de homenaje de la clase intelectual de América.

> La Nueva Democracia fue su tribuna desde la cual hacía oir su voz, siempre en defensa de las causas justas y en la que aparecían artículos de los más conocidos escritores de nuestra América. Llevó a cabo en ella una labor de conocimiento y acercamiento entre los diversos sectores del pensamiento de Iberoamérica.

Tengo ante mí el primer ejemplar de la revista. Número uno, de enero 20, de 1920. Una parte del editorial va así:

> Pero el hombre no solamente siente, y por ello necesita de la Religión; no solamente piensa y por ello necesita de la Ciencia; el hombre es además, imaginación creadora, que necesita de las bellezas del Arte.

Hoy podemos decir, a cuarenta años vista, que Alberto Rembao dedicó veintisiete años —¡un cuarto de siglo más dos!— a hacer realidad ese ideal implícito en las líneas del primer editor. La revista por él editada ofreció al religioso, no masaje acariciador para una fe glandular, sino alimento para una razón iluminada por el Espíritu de Dios. Al hombre de ciencia y al filósofo les brindó artículos de profundidad oceánica. Y al hombre estético le brindó artículos interpretativos del arte mundial. Y en esto, como en todo, fue exigente: no brindó arte barato, sino que ofreció apuntes y ensayos para una filosofía del arte a través de muchos y muy buenos artículos calzados con las mejores firmas.

Y a esta tarea, la de hacer que La Nueva Democracia fuera fiel al propósito que le dio vida, Alberto Rembao consagró lo mejor de su vida, su integridad de intelectual, su devoción responsable de cristiano, su talento de artista. Y su corazón. Por eso murió del corazón: porque quien tanto ama, sólo por desgaste del órgano cordial puede morir.

Incompletos por demás serían estos apuntes sin referirnos a dos ángulos de la personalidad de Rembao que no pueden quedar fuera del cuadro. Ambos nos ofrecen las más ricas vetas de aquella mina humana de cordialidad y calor vital que fue nuestro hermano. Uno, su constancia y dedicación al trabajo. Y la prueba al canto. En diciembre del año 61 sufrió un fuerte ataque. Su memoria, brillante y precisa siempre, se opacó un tanto. Lenta, pero nunca total, fue su recuhasta el 10 de diciembre del 62, cuando sale para su último Viaje,

peración. Sin embargo, en los once meses exactos que transcurren Rembao editó tres números de la revista, tradujo el libro del Dr. Mackay; amén de atender su correspondencia y enviar artículos a muchas revistas del Continente. Encorvado, figura de indio imponente y pensador, sobre su mesa de trabajo, le vimos escribir, traducir, sonreir y, tal vez sin saberlo, apresurar su muerte.

El otro aspecto es lo humano de Rembao. Alguien ha dicho que él era como una piña: áspero por fuera, pero dulce y jugoso por dentro. Y los que le conocimos sabemos que la descripción tiene mucho de verdad. Su sinceridad y su franqueza, como que no ofendían. Nos podía poner "de vuelta y media", censurando un mal artículo o una actitud no consistente o una flojera sin tregua, y su refriega se aceptaba sin reproche ni ofensa. Esto era en él un verdadero carisma que usó para orientar y despertar a muchos. Había en él, como expresión de lo humano, un interés por lo individual de cada quien. Era, como escribió alguien en justo elogio, "el hombre cordial, el amigo fiel, incapaz de una deslealtad, que acudía con su palabra animosa en los momentos de desánimo o de prueba del amigo a cuyo lado estuvo también en momentos de mayor felicidad".

Doña Julita, su compañera leal, nos contó un hecho que dice mucho. Pasaron en Cuba, en el Seminario matancero, un año. Al llegar la Natividad del Señor cada miembro de la familia del Seminario, larga por demás, recibió una tarjeta con una estrofa escrita por la propia mano de Rembao. El poeta que en él había, escribió con fino humor y en frases rimadas, expresiones de cordial afecto para cada uno de sus alumnos.

Y otro hecho. Allá mismo, en Matanzas, la hizo de empresario teatral. Porque cuando llegó el onomástico del Rector del Seminario, Rembao se buscó unos guitarristas y cantantes de la ciudad yumurina, y organizó una serenata de sorpresa al Rector. Y el propio Rembao pagó los músicos y financió la fiesta. Y es que nunca permitió que su filosofía lo separara de la tierra. Fue, sin dudas, un cristiano a lo Cristo: humano, tierno, afectuoso hasta en el silencio. Gastó su corazón en expresiones de amor genuino. En cosas pequeñas, como la que nos contó un colombiano que fue su alumno en el Seminario de Cuba, dio la medida de su grandeza. Porque un día, con dos compañeros más, pasa por la oficina de Rembao en Nueva York. Y él les habla

mucho. Y después se los lleva a su casa del 191 de Claremont. Y allí les dio cena abundante, y terminada la cena, sabiendo que eran estudiantes que andaban escasos de fondos, Rembao les pone dinero en la bolsa y los avienta para que vayan al teatro. Y así, de un golpe, les dio consejos, comida y diversión sana. Y eso retrata a Rembao y ausculta su generoso corazón cristiano.

Y vaya lo arriba escrito como punto de partida para la biografía que Alberto Rembao merece. Otros, más capacitados, emprenderán tal tarea. Nosotros no podemos sino pensar en él cuando leemos aquellas frases que Francisco Romero (cuya muerte tanto deprimió a Rembao), escribió de Alfonso Reyes y de Pedro Henríquez Ureña. Así escribió Romero:

> *Ustedes dos* desentrañaban sabiamente la esencia de nuestros pueblos, con la cabal comprensión que sólo es capaz de proporcionar la conjunción armónica de la alta inteligencia, el acendrado amor y una participación en el asunto por orígenes y raíces...

Ustedes tres, pudo haber dicho don Francisco. Y pensar en Rembao.

—*CECILIO ARRASTÍA*
Nueva York
Enero 11, 1963



Alberto Rembao predicando el Evangelio

RECONOCIMIENTO DE LA LABOR DE ALBERTO REMBAO POR EL COMITE DE COOPERACION EN AMERICA LATINA

El nombre de la revista La Nueva Democracia y el de su editor, Dr. Alberto Rembao, son inseparables, casi sinónimos. Aunque la revista publicó muchos artículos de otros autores, siempre reflejó la personalidad del Dr. Rembao, su estilo de expresión, sus pensamientos, su cariño para el ser humano. ¡La revista era su vida!

El Comité de Cooperación en América Latina emprendió la publicación de La Nueva Democracia en el año 1920 con el propósito de alcanzar a los intelectuales con el mensaje cristiano. En aquella época las Iglesias Evangélicas en América Latina se interesaban muy poco por la clase educada. El Dr. Rembao, como editor de la revista, mantuvo el propósito original y lo cumplió a cabalidad a través de los años.

Pero el Dr. Rembao era mucho más que la revista. No hay manera de medir la gran influencia que él ejercía. Para él toda persona era un individua, le conocía como a una persona especial. No importaba si la persona era de los más intelectuales o de los más humildes, joven o anciano. El Dr. Rembao siempre tenía tiempo para hablarle con cortesía, atención, dignidad y seriedad. El tema que más le interesaba era la vida espiritual, el lugar de Cristo en el corazón del hombre, el significado de la vida dedicada a Él.

El Dr. Rembao era un filósofo y un gran pensador. Leía sin cesar. Los libros eran sus amigos íntimos. Sabía con certeza lo que pensaba y creía, y explicaba con paciencia y claridad su punto de vista. Podía expresar sus pensamientos en palabras eruditas o en las más sencillas; era un maestro de la palabra. Siempre aceptaba la invitación de dar una conferencia o predicar en una iglesia. Predicar era para él motivo de gozo profundo.

El Dr. Rembao y La Nueva Democracia eran parte integral del Comité de Cooperación en América Latina. Él sentía orgullo por el Comité; era su defensor en toda ocasión y cooperaba siempre con los demás para el bien del Comité. En los años cuando el Comité carecía de fondos para todo su programa, el Dr. Rembao hizo grandes

sacrificios para que La Nueva Democracia mantuviera su lugar en el programa del Comité.

El Comité de Cooperación hace tiempo se dió cuenta que La Nueva Democracia no podría sobrevivir al Dr. Rembao. Era difícil llegar a la decisión de que la revista tendría que terminarse el día en que su editor se jubilara. Pero el Dr. Rembao no llegó a jubilarse: seguía editando la revista hasta el día de su muerte, el 10 de noviembre de 1962. Los cuatro números para el año de 1962 se habían publicado, la mitad del primer número de 1963 estaba en la imprenta. Su trabajo estuvo al día cuando Dios le llamó a la vida eterna!

El Comité de Cooperación en América Latina quiere agradecer a los muchos contribuyentes de La Nueva Democracia sus artículos, que han servido durante los años para formar la revista. El aprecio de los lectores se expresa en los artículos de este número especial y final de la revista. Este número es el final de La Nueva Democracia. Bien es que el último número sea un tributo y expresión de aprecio para que el Dr. Alberto Rembao, el editor, y espíritu vivo, la inspiración y *raison d'etre* de La Nueva Democracia.

Stewart W. Herman
Presidente pro-témpore, C.C.A.L.

Howard W. Yoder
Secretario Ejecutivo



Placa de bronce develada en el Seminario Evangélico de Teología, Matanzas, Cuba

PRESENCIA DE ALBERTO REMBAO

MI ALBERTO REMBAO

Por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Cuando yo conocí a Alberto Rembao, a través de una carta de John A. Mackay, ex profesor de San Marcos, me sorprendió lo barroco del estilo rembaoiano y la fraterna y casi explosiva cordialidad de sus palabras. Yo había vuelto entonces al Perú después de un duro destierro. Rembao me ratificó el ofrecimiento de Mackay de otorgarme un salario simbólico a cambio de mi colaboración a su revista; pero, simbólico y todo, para mi hambre de cualquier ayuda, inclusive la del simbolismo, aquello era mucho.

Leía con atención en LA NUEVA DEMOCRACIA las crónicas de James Bergson, que encontraba claras de fondo aunque enrevesadas de forma. Tardé en saber que eran de Rembao. Tardé también en saber que éste era mexicano. No tardé en cambio en deleitarme con las *Meditaciones neoyorquinas*, título de la respectiva sección de Rembao en LA NUEVA DEMOCRACIA.

Las *Meditaciones neoyorquinas* forman un conjunto de crónicas o ensayos a cual más estimulante. Sobre todo, porque Alberto las escribía al compás de sus reminiscencias y sus sentimientos, acordados a menudo con una que otra oportuna cita de la Biblia. Era Rembao doctor sutil en Escrituras sacras y mandamientos de Dios, que, lo supe después, observaba cuidadosamente.

Un día de 1937, me pidió, a raíz de haberle enviado unos trabajos sobre el estilo, que le escribiera algo sobre dialéctica. Andaba yo embullado con el determinismo histórico, pero dándole la cuota debida a la improvisación, que no se mide ni prevé. Acababan de echar a caminar el llamado "milagro de Dimitrov", los "Frentes Populares". En Chile, como en España y Francia, triunfaron. Yo escribí una serie de ensayos que Rembao publicó y que luego formaron volumen bajo el título común de *Dialéctica y determinismo*. De este libro sentí vergüenza cuando un compañero mío de partido, moviendo la cabeza con melancolía, me sentenció: "Te estás apartando de *la línea*". Me encoraginé. ¿En qué estaba el apartamiento, si "la línea" se había quedado atrás de la realidad? Según "la línea", para ejercer dictadura se requiere un país en plenitud, y Hitler la ejercía en un país que se ajustaba el cintu-

rón. Según "la línea", "el país que tiene el oro tiene el poder", Francia con todo el oro imaginable, decaía a velocidad vertiginosa ante la hambreada Alemania nazi. Según "la línea", la mística no valía nada, pero la mística nazi, la mística fascista, la mística del Frente Popular y la mística staliniana vencían a todos sus oponentes. Mística representa fuerza espiritual: *ergo*, el mito del todopoderoso materialismo caía barrido por la realidad. Esto es lo que dije en mi libro, aplaudido por Rembao, censurado por unos cuantos tontos graves de mi parroquia, cuya imaginación no podía avanzar más allá de lo que leyeron en sus treinta...

El año de 1941 era el destinado a que estrechara entre mis brazos, mejor, que me estrechara entre los suyos, Alberto Rembao.

El gobierno norteamericano quería invitar a discutir cosas a gentes democráticas, pero muchos estábamos en pugna con nuestros gobiernos, por cuya razón se escogió una vía intermedia: instituciones privadas y semipúblicas se encargarían de los convites. A mí me escogió el Congreso, a través de su Biblioteca, y de su director, el insigne poeta Archibald McLeish. Después de no sé cuántos trámites, firmamos el acuerdo, y, a fines de setiembre llegamos en barco, a Nueva York, mi esposa y yo: a los hijos se les atendía con 100 dólares mensuales que complementaban el "grant" de la "Congressional Library".

Se temió que, a mi paso por Lima, la entonces dictadura del señor Prado (1939-1945) me cogiera preso. Mis amigos tomaron precauciones. Por ello en el muelle de Nueva York me esperaban, dispuestos a iniciar la gran protesta, Waldo Frank y Alberto Rembao. Faltaba Alfredo González Prada, en esos momentos en Lake Placid. Alberto nos invitó a almorzar en las inmediaciones de la Universidad de Columbia y de nuestro primer hotel neoyorquino, allá por la 119 West. Fue en un "Child's". Nuestra primera experiencia neoyorquina encallaba, a las tres de la tarde, en una sopa prefabricada, unas carnes prefritas, unos postres preendulzados y un café pre... histórico. Alberto, renqueando levemente, nos explicaba los misterios de la gran urbe. Nos dejó en nuestro King's Crown Hotel. No duramos un día. Los clientes eran todos pasados los setenta; ellos leían periódicos, ellas hacían calceta. Temimos contagiarnos y fugamos al Breevort Hotel, en plena Quinta Avenida hacia la calle Ocho, o sea en el corazón del Greenwich Village. Una de esas noches, antes de la del "match" Louis-Nova, Alberto nos

abrió su hospitalidad en Claremont Avenue, 191. Mientras Julita Gracia, su mujer, pasaba platillos de manjares mexicanos, alemanes, norteamericanos y hasta peruanos, nosotros apurábamos las sodas. Alberto había reunido a Federico de Onís, a Harriet, a Andrés Iduarte y su mujer, a Cuatrecasos, a Román Cossío del Pomar y a Marta, a Víctor Berger, a Billie Diffie, a Eugenio Florit, a Angel del Río y a su esposa, a Paco García Lorca, a no sé cuántos más. Esa noche derrochó ingenio, bonhomia y generosidad.

Nos tratamos mucho, mucho. Siendo él ministro protestante, encargado de misionar, nunca tuvo un gesto catequístico para conmigo. Nos sabíamos cristianos y liberales. No hubo cuestión adicional. Aprendimos que Alberto, mexicano de Chihuahua, había nacido en 1895; que a los 16 se metió en la guerra civil; que herido en una pierna se acogió a la zona norteamericana; que le amputaron una pierna; que fue a estudiar a Pomona College, en California; que ahí conoció a Julita; que se casaron; que se doctoró en Teología; que se confirmó protestante; que se lanzó a la empresa de desparramar la fe de Cristo; que se radicó en Nueva York, y que, desde el piso once del edificio número 156 de la Quinta Avenida, se dedicó a verter luz sobre quienes no tenían, como él, fe en que hay Alguien para quien no existen misterios en el futuro de los hombres y sus colectividades.

Cuando nos regresamos a América Latina, después de declarada la guerra, Rembao nos acompañó hasta el andén del tren a Miami. Mi última impresión de Nueva York, aquella vez, fue la sonrisa larga y los cachetes llenos de Alberto, ondeando la mano, mientras hacía un convulsivo gesto, (su tic) con la nariz, soplando los malos pensamientos, como quien se limpia de funestos presagios.

Muchas veces recalamos o recalé en Nueva York. Rembao esperaba siempre con la casa y el corazón abiertos. Aquel teléfono (University 4-4755) —que aún es el de Julita— era el primero a que llamaban mis dedos, y a que apelaba mi amistad. En luengos intervalos neoyorquinos, él nos brindaba su acogida. Recuerdo que en la etapa de 1944, dormí algunas noches en su casa, en la cama que días antes había abandonado Tamayo, el gran pintor mexicano, uno de los más fieles contertulios de Alberto. Por ese tiempo se había suicidado Alfredo González Prada: Alberto, que escuchó una de sus últimas confidencias, me la trasmitió, porque era su encargo. También en esos días

Rembao era corresponsal de una cadena de 75 periódicos. No se envanecía. Una noche, con Carleton Beals, que había acudido con Marta Leyva, su peruana esposa, discutimos como fieras sobre el Apra, el Comunismo, la Democracia y lo demás. Alberto habría querido convertir su revista en refugio de exiliados. No siempre se puede lo que más se quiere.

Lo característico en Rembao además de su claro talento, su insaciable curiosidad intelectual, y su fe cristiana, era su infinita tolerancia. No sé cómo este ex-revolucionario de la "mera" Revolución mexicana, la noble, había podido trocar tan a cabalidad pistola por Biblia, iracundia por entendimiento, política por humanismo, y unir humanismo con religión y humanitarismo. El voto de pobreza que tenía celebrado no le impedía pequeños placeres a condición de que participaran de ellos, los demás. No le oí jamás una palabra descompuesta contra católicos romanos ni musulmanes, y le vi entusiasmo en cierto modo con Gandhi a raíz de su viaje a Oriente. Se decidía siempre por la justicia contra el abuso. Abría puertas, mesa, corazón al desvalido, y todo ello, a través del filtro de un exigente buen gusto.

La casa de Rembao en Claremont Avenue era la casa del corazón, la caridad y la inteligencia. A Alberto le complacía en ocasiones azuzar ciertas pasiones para acalmarlas luego dentro del mar inmenso de su ternura. Hacía entonces un típico fruncimiento de hocicos, arrugaba la nariz, daba un soplido como conato de relincho, y suavemente, inclinado el corpachón poderoso, ofrecía una copa de algo y una palabra de mucho. Desvanecíanse así el intríngulis en renovado olor de amistad.

Yo leí sus libros siempre con cuidado. Me encantó su *Lupita*, pequeña novela de evocaciones mexicanas, y su cuadro de añoranzas *Chihuahua de mis amores*, y su relato de viaje, lucubraciones filosóficas: en todo, en todo ello había siempre un trasfondo de vigilante amor al prójimo.

Volviendo de la India, supe que tuvo un infarto. Le dieron por moribundo. No bien se repuso emprendió un viaje por toda América Latina, allá por 1946. Le recibimos y tuvimos en Lima. Fizgoneó todo con su aire de buey inteligente, resoplando nerviosamente con su sabido tic. Pese a sus males quiso subir a las cumbres, conocer el Cuzco, Macchu Picchu. Temí seriamente por su vida. No le faltó entonces aliento.

Regresaron mis malos tiempos. Un día suspendí mis colaboraciones

en La Nueva Democracia poco después de que el mal estado de ésta habían hecho suspender también las exiguas pagas. En realidad no se pasaba ya de la simbólica suma de 5 dólares por artículo. A mí, que había caído de nuevo en el destierro, me hacía falta cada minuto para defender a los míos, y me faltaba el humor para emprender hazañas de inteligencia, requerido más de voluntad. Rembao entendió mal una carta mía. Nos peleamos y nos reconciliamos. Reconoció que había mal interpretado un párrafo mío, y se esforzó en adelante por borrar aquel impulso, que en él era raro, pero que le regresaba desde las entrañas del revolucionario extinto.

Precisamente, ahora, en vísperas de morir, había yo reanudado a plenitud mi colaboración, con estudios directos para La Nueva Democracia. Me escribió una carta terminada con un versito congratulándose, más que congratulándome. Era así de bueno Alberto. Me ofrecía además su nueva oficina y su nueva casa, esta última en Lasalle Street 90, ap. 7-C, en la circunscripción 27 de Nueva York, y aquélla en el 475 del Riverside Drive. Estaba próximo a retirarse, y lo que era peor, a dejar de ser piloto de La Nueva Democracia, su hija unigénita. Se había comprado un departamento con vistas al río y a la ciudad, amplio, donde cabían sus libros, muchos de los cuales han quedado en los estantes de la oficina. Podría ahora almorzar en casa y quitarse los zapatos, y ponerse las pantuflas, y juguetear con el gato, y regañar mansamente a Julita, imagen de la discreción y la diligencia. Pues, en eso andábamos cuando el 10 de noviembre, en ese departamento mismo le atacó a mansalva la muerte tendiéndole largo a largo sobre el piso.

Habíamos pensado pasar la noche de Año Nuevo 1963, como otras iguales, en compañía de Rembao. Le dirigí un cable anunciándole nuestro arribo. Al llegar al hotel sin sus noticias, tuve una amarga sorpresa. Pensé que habría viajado. Un botones me alcanzó un telegrama: el jefe de la oficina de Rembao me anunciaba aquel 30 de diciembre de 1962 que Alberto era cenizas desde cincuenta días antes. Me dolió como un mazazo. Me dolió tanto que no pude darme cuenta de su ausencia cuando estuvimos en su nueva casa que no conocíamos. Que no me doy cuenta todavía de si por algún correo olvidado me pueda llover una carta, con su consabido versito, con algunas estrellas de tinta, algunas citas bíblicas y unos puntos caprichosos, rubricada; y

frases latinas como: *Ex toto cordae Pax vobiscum* o *Reclínese en Dios y después en la amistad.*

Mantengo erguido el cuello buscando la voz ausente; abiertos los brazos para estrechar la prieta y luminosa figura de quien fue siempre todo espíritu, es decir, mucha inteligencia y todo corazón. Dios le tenga en su regazo.

ALBERTO REMBAO, EL ESCRITOR

Por GONZALO BÁEZ-CAMARGO

La imagen de Alberto Rembao en el recuerdo es múltiple y variada. Se destaca en diversos tiempos y situaciones. Pero la que más persiste es la del Alberto Rembao de su cuarto de trabajo, tras del escritorio siempre apilado de libros, periódicos y papeles; sentado a su máquina, produciendo cuartillas; o lápiz en ristre, revisándolas y corrigiéndolas. Imagen de Alberto Rembao, el escritor.

Lo conocí en 1922, en Guadalajara. Era a la sazón director del Colegio Internacional y profesor de Lengua y Literatura en la Universidad del Estado. Aún no había hecho renombre como escritor y periodista. Se le conocía más como brillante orador y como conductor de juventudes. Pero ya entonces tenía un gran amor filosófico y literario, que habría de ser influencia decisiva en la formación de su estilo. Ese gran amor era Miguel de Unamuno.

Sus muchachos del Internacional no hablaban de otra cosa que del inquietante pensador de Salamanca y de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, preferencia confesada de Rembao. Todavía conservo en los estantes de mi biblioteca un ejemplar de esa obra que compré, llevado yo también, aunque sólo en breve visita a Guadalajara, de aquel entusiasmo contagioso. De este modo indirecto, porque no fui alumno suyo, Rembao me inculcó un profundo y perdurable aprecio por Unamuno.

Yo diría, hablando de Rembao como escritor, que hubo dos influencias, al parecer determinantes, de su personalísimo estilo literario: la

Biblia, en primer término, y Unamuno después. De la Biblia habría sacado el gusto por la frase directa, ceñida, grávida de sentido y emoción. Frase cálida, a veces abrupta, siempre penetrante. Verbo de salmista y de profeta. Y de Unamuno, la franqueza restallante, el juego de palabras, la acuñación de neologismos certeros y expresivos, y a las veces la brusquedad y la aspereza vibrantes de sinceridad.

Decía bien Buffon, en su famosa y repetida sentencia, que *el estilo es el hombre*. O, como otros creen que dijo en realidad, *el estilo es del hombre*. Queriendo decir sin duda, de todos modos, y diciendo muy bien, que lo único personal del escritor —lo suyo propio, lo único que le pertenece, o lo único que representa su persona— es su estilo. Su modo de decir y de escribir lo que piensa.

Y lo cierto es que pocos escritores habrá cuyo estilo sea tan personal, tan inconfundible como el de Alberto Rembao. No necesitaba firmar sus artículos. Y era en vano que a veces ocultara su identidad tras un seudónimo. El nombre supuesto resultaba tan diáfano como una gota de agua limpia. Y al calce de sus artículos no firmados era como si apareciera, revelándose bajo una tinta indeleble, tratada químicamente, su nombre.

Sus amigos hablábamos, con afectuosa broma, de *rembaísmos*. Vocablos que forjaba, cuando, como sucede con todo escritor poseído por ideas dinámicas y poderosos sentimientos, batallaba con las palabras, buscando librarse de términos decolorados por el lugar común, de expresiones cuyos filos sentía embotados por la vulgaridad. Introducía a veces, por ejemplo, anglicismos que en un escritor menos nervudo y sustancioso, habrían sido crasos vicios de lenguaje.

O adoptaba derivados nuevos de palabras comunes, como aquel tan afortunado de *cristino*, que diferenciaba de *cristiano*, porque éste, en fuerza de sobársele irresponsablemente, había perdido, en su concepto, su profundo sentido original. Se diría *cristino* de quien participa del ser de Cristo —mensaje casi obsesivo de San Pablo—, como se dice "cristalino" de quien participa de la índole del cristal.

Tan verdaderamente personal era el estilo de Rembao, que no puede imitarse. Sólo en Rembao estaban bien los *rembaísmos*. Ellos eran él y él era ellos. Con las últimas líneas que escribiría aquel día infausto de su fallecimiento, su estilo, su manera peculiar de escribir, llegó definitivamente a término. Nadie podrá, ni deberá intentar, escribir como

él. Cuando viviendo él todavía, algún joven escritor, fascinado por su magnética personalidad, se soltaba imitando su estilo, no sólo producía una copia defectuosa, sino que hacía el ridículo. Sólo Rembao podía escribir como Rembao.

No ha de creerse, sin embargo, por este hincapié en su personal estilo, que todo lo que tenía Rembao en su alforja de escritor era un estilo original. Estilo, después de todo, sólo es expresión, medio de comunicarse, vehículo de pensamiento. Pero por original y vigoroso que sea, no puede sustituir al pensamiento mismo. Es más, cuando falta el contenido, cuando no es la pujanza misma de la idea la que forja su modo de expresarse, el estilo viene a quedar en algo suelto e informe, como un vestido que se cuelga en el perchero. Cuerpo sin alma. Forma sin sentido. Futilidad, acaso bella, pero de todos modos, futilidad.

Y esto, ciertamente, no puede decirse de Rembao el escritor. Su poderosa convicción de cristiano evangélico, forjada en yunque de experiencia, ganada en agonía espiritual —como su favorito Unamuno quería que fuese toda convicción religiosa—, prestaba a los escritos de Rembao una enjundia riquísima. No es siempre fácil su lectura. No pocas veces hay que releer y meditar esta frase, aquel párrafo, antes de poder extraer lo que contiene. Mas no por oscuridad, sino por hondura.

Sobre todo, sus escritos respiran pasión. Pero pasión en el sentido noble de la palabra. Pasión como *pathos*, como fuego interior, como llama ardiente de espíritu. Rembao, que era una mente acostumbrada al ejercicio fuerte del raciocinio, no por ello abordaba sus temas con una lógica fría y geométrica. Creía, como Pascal, en "las razones del corazón". Y eso era lo que, ante todo, ponía en sus escritos: corazón. No era un intelectualista. Como tampoco un simple emotivo. En él, como en todos los grandes espíritus, pensamiento y sentimiento guardaban equilibrio y justa proporción.

Por eso decir que Rembao era un escritor cristiano, no es decirlo en sentido de mera filiación corporativa o doctrinal. No sólo porque expusiera ideas cristianas, conceptos dogmáticos confesionales. Era cristiano en sentido de vivencia profunda. O dicho de otro modo, cristiano existencial. Cristiano porque llevaba a Cristo metido en las entretelas del corazón, como presencia dinámica y viva inspiración.

Recuerdo haberle visto húmedos los ojos, y oído temblar la voz, más de una vez, cuando se refería a Cristo empleando la entrañable advo-

cación de "mi Señor". Quería ser —empleaba así otro término favorito suyo— *Cristóforo*, portador de Cristo. Portador, en experiencia íntima de comunión con él, y en testimonio ardiente de su amor. Y como escritor, tenía una honda conciencia de vocación. Estaba al servicio de Cristo. No se atrevía a decir que como su apóstol o su embajador. Se tenía a sí mismo en rango más humilde. Era —decía— tan sólo un "recadero de Cristo".

Y así fue cómo concibió y cómo vivió su vocación de escritor. Tenía que dar a sus lectores el "recado" de Cristo. Y por eso aun en sus escritos en que no tocaba temas religiosos específicos y patentes, se encuentra siempre sustancia cristiana, mensaje evangélico, "recado" de su Señor. Y esto en cualquiera de los géneros que cultivó: el artículo periodístico, el ensayo, la crónica, la conferencia o la novela.

Como periodista, su monumento es La Nueva Democracia, en la cual había trabajado como redactor desde 1928, y de la cual fue director desde 1931. No llegó a ella como un principiante. Había hecho sus primeras armas editoriales en *Nueva Senda*, revista que publicaba en San Francisco, California, en español, la Conferencia Interdenominacional para la obra evangélica entre la población hispánica de los Estados Unidos. Y había sido después jefe de la sección de español del Foreign Language Information Service (Servicio de Información en Lenguas Extranjeras) de Nueva York.

Pero su pluma encontró en La Nueva Democracia su mejor campo de acción. Aunque no fue él quien fundó la revista —no hay que olvidar a su progenitor Samuel Guy Inman— ni quien la vinculó más aún con lo hispánico —aquí no hay que olvidar tampoco a su Director de un tiempo, Juan Orts González—, Rembao hizo finalmente de ella toda una creación. Le imprimió un sello indeleble. Logró hacerla llevar el "recado" de Cristo a las altas esferas de la intelectualidad hispanoamericana. Y llegó el momento en que La Nueva Democracia fue Alberto Rembao, y Alberto Rembao fue La Nueva Democracia.

En ella escribió copiosamente. A veces bajo su propio nombre, o aunque sin firmar, en función de Director. Otras veces bajo seudónimo. Pero ahí estaba siempre, en cada número, su mensaje ardiente y convencido de cristiano cordial. Fue la gran obra de su vida, su mejor pedestal.

Su labor de La Nueva Democracia era de suyo absorbente. Pero

Rembao hallaba tiempo, sin embargo, para escribir artículos breves que distribuía a los periódicos evangélicos de Iberoamérica. Muchos de ellos los insertaban con gusto, porque la firma de Alberto Rembao era siempre un prestigio para cualquiera publicación.

Como autor de libros no fue Rembao tan prolífico cual pudiera haberlo sido si su labor periodística no lo hubiera tenido siempre tan ocupado. Son relativamente escasos los títulos suyos que se publicaron. Pero todos ellos encerraban pensamiento maduro y sustancioso. Así como podía dar vuelo a crónicas sabrosas y ágiles —por ejemplo las reunidas en *Chihuahua de mis amores*— también podía internarse en las honduras de la filosofía y la teología, como en su *Pneuma*, en que sentó sus conceptos fundamentales sobre la filosofía de la religión.

En *Meditaciones neoyorquinas* consignó algunas de sus páginas de más hondo sentido cristiano. Verdaderas meditaciones por su brevedad y su espontaneidad. Pero cuán ricas en pensamiento y sentimiento. Cuando quiso describir la gesta del movimiento cristiano evangélico en México, ensayó con muy buen éxito la novela, y produjo *Lupita, una historia de México en revolución*. Y con igual dominio de los temas y la misma perspicacia en sus juicios, atacaba cuestiones sociales, como en *Problemas industriales y rurales*, o políticas, como en *Democracia trascendente*, o de estrategia misionera, como en *Mensaje, movimiento y masa*. No desdeñaba el género didáctico, según prueba su cursillo para las Escuelas Dominicales, *La vida heroica*. Y como traductor, queda su *Flor de traslaciones*, en que reunió las que hizo del inglés, de ensayos de varios autores, que luego publicó en LA NUEVA DEMOCRACIA.

Y así en todo lo demás que escribió. Hondura de pensamiento. Viva emoción. Adhesión íntima y firme al Cristo Señor. Profundo sentido de humanidad. Una honradez intelectual sin mengua. Un estilo personalísimo. Un corazón ancho y generoso. Una mente vigorosa. Tal fue, a grandes trazos, Alberto Rembao, el escritor. Con su fallecimiento, las letras evangélicas españolas han sufrido —pocas veces puede decirse esto con neta verdad— una pérdida irreparable.

Pero los escritos que dejó, han de continuar por mucho tiempo la noble tarea que consumió su vida: trasmitir el "recado" de Cristo su Señor.

ALBERTO REMBAO: ALMA ECUMENICA

Por JUAN A. MACKAY

Del amado santo y sabio Don Alberto Rembao, cabría decirse que era, en el sentido más hondo del vocablo, un alma ecuménica. Pues, este amigo, cuyo fallecimiento lamenta todo el mundo hispano, encarnaba en su propia persona la misma esencia de la realidad ecuménica. Fue el distinguido Director de La Nueva Democracia el símbolo más auténtico de lo que significa ser "ecuménico", cuando a este vocablo, tan equivocadamente comprendido, se le da el significado clásico, cristiano que le pertenece.

Uno de los últimos artículos del amigo difunto, que salió en La Nueva Democracia el primero de mayo de 1961, versó sobre el tema *Ecumenismo y Ecumenía.* En dicho artículo, escrito con la originalidad lingüística, el conocimiento histórico y el apasionamiento espiritual, que distinguían a su autor, Don Alberto hace resaltar una distinción básica entre dos maneras de pensar sobre lo que significa "ecuménico", vocablo cuya restauración al lenguaje corriente hemos visto en los últimos años.

En dicho artículo, este esp,ritu ecuménico por excelencia, llama la atención a la diferencia básica entre *Ecumenismo* y lo que él califica *Ecumenía.* Por *Ecumenismo* entiende Rembao la tendencia que se ha dejado ver en las últimas décadas, y, sobre todo, en los círculos cristianos protestantes, de celebrar grandes reuniones mundiales a las que concurrieran los representantes de las denominaciones y sectas más diversas. Al aplaudir la tendencia de trascender en esta forma las divisiones tradicionales y tan trágicas que han marcado la historia del cristianismo, ve el autor un peligro en la posibilidad de que el llamado "Movimiento Ecuménico" se limitara a auspiciar reuniones interdenominacionales por todo el mundo, persiguiendo a la vez como ideal una sola "Iglesia grandota".

Lo que le hace falta al cristianismo contemporáneo, nos dice Rembao, no es un simple movimiento eclesiástico hacia la "oikoumene", quiere decir: las últimas fronteras de la tierra habitada. No es tampoco la reproducción en el terreno religioso de lo que es en el mundo seglar *Unesco,* o la Organización de los Estados Americanos, ni es siquiera

reuniones cristianas fraternales por todas partes de la tierra que se facilitan por "todos los aparatos y auxilios de la civilización, una especie de aeronáutica interdenominacional".

Tendrá que haber, por supuesto, movimiento hacia afuera. Será menester siempre un espíritu de confraternidad. Mas, opina el articulista, que el Ecumenismo, como el afán por lo externo, por lo mundial, ha de partir siempre de una renovación interna, de una nueva espiritualidad en el mundo de adentro.

Gran acuñador de nuevos vocablos, Alberto Rembao, mediante el empleo de la palabra *Ecumenía,* destaca el problema magno de cuanto tiene que ver con la confraternidad mundial entre las iglesias cristianas, o sea, el problema de la renovación del hombre. Según Rembao, lo que más hace falta en la Cristianidad de hoy, es la transformación del alma humana. Esta transformación se produce mediante la *metanoia* o sea el arrepentimiento, un cambio total de frente. Este cambio de frente va seguido por una fe firme en Jesu Cristo el Señor de la Iglesia, la experiencia de una quietud interior, y la manifestación de una vida disciplinada. A poco tiempo la nueva espiritualidad así producida llega a manifestarse en una "Iglesia Reformada", la que "estable e inconmovible", y animada de "conciencia evangélica, se echa extramuros a la calle, templo afuera, a gritar Cristo es Señor". La Ecumenía así interpretada, sublímase dentro del alma individual y de la parroquia local, para convertirse más tarde en Ecumenismo verdadero, vale decir, en movimiento de cruzados fraternales. Éstos, dedicados ya a ser testigos de Cristo, y fortalecidos por el Espíritu Santo, se encaminan en seguida hacia los últimos confines de la tierra.

Para que pueda realizarse la *Ecumenía*, tal como Rembao y otros ecumenistas evangélicos la conciben, tendrá que haber "predicación personal de cada cristiano", y a la vez "ecumenía eucarística con la Biblia Santa, de Pan consubstancial Nuestro de cada día". De esta manera "la familia, la hermandad se convierte en compañía de testigos" en cuyo caso para citar una alusión de Rembao a dos personajes griegos "Parmenidas (símbolo de la quietud y la disciplina) va de la mano con Heráclito" (símbolo del activismo).

En estos momentos históricos cuando, por diversas razones, el llamado "Movimiento ecuménico" va acercándose a una encrucijada, el artículo que venimos comentando tiene una importancia enorme. Debe

ser causa de gran regocijo que en los años que corren muchas iglesias cristianas, tras largos siglos de enemistad acérrima, buscan cada vez más oportunidades de manifestar ante el mundo la realidad del amor cristiano.

He aquí lo que ha venido sucediendo. Desde principios del siglo veinte las denominaciones protestantes han seguido una política de acercamiento unas a otras. El año 1948 organizóse en la ciudad de Amsterdam el *Concilio Mundial de Iglesias*, que cuenta ya con la cooperación de doscientas entidades eclesiásticas, así Protestantes como Ortodoxas Orientales. Ultimamente, la Iglesia Católica Romana tan desdeñosa de los "herejes" antes, ha dejado sentir de diversas maneras una nueva preocupación por la unidad cristiana. Emblema notable del nuevo espíritu que anima la antigua Iglesia, ha sido el Segundo Concilio Vaticano que acaba de celebrarse en la ciudad de Roma, y al cual fueron invitados como observadores, y actualmente asistieron, los representantes de muchas Iglesias Protestantes. Además de eso, suelen encontrarse por el mundo entero, sea en tertulias privadas o en otras reuniones informales, grupos de católicos y protestantes. Los que asisten persiguen el objeto de conocerse y de discutir con toda franqueza, pero en una atmósfera cristiana fraternal, las ideas básicas de la fe cristiana con respecto a las cuales ha habido y sigue habiendo diferencias básicas de opinión.

Hasta el día de su muerte, Don Alberto Rembao siguió con interés y simpatía estas manifestaciones de confraternidad cristiana. No cabía en su propio espíritu gota siquiera de sectarismo. Anhelaba el día cuando la Iglesia de Jesu Cristo manifestara una solidaridad digna de su naturaleza y del mismo Señor que la fundara. No dejó, sin embargo, de sufrir, tanto en el corazón como en la cabeza, una inquietud muy grande. Se sentía cogido por el temor de que el movimiento ecuménico llegara a reducirse a lo puramente externo, fuese lo geográfico, lo estructural, o lo estético. En tal caso vendría la tragedia pues vencería un *ecumenismo* árido e institucional.

Al abogar por lo que designaba la *Ecumenía,* o sea por hombres renacidos por el amor de Cristo, por la verdadera hombridad cristiana, por la renovación interna como base indispensable para la excursión externa, Rembao mostróse sucesor y heredero legítimo en nuestra época, de los grandes místicos españoles del siglo dieciséis. En aquella

época, el siglo de oro hispano, cuando la Iglesia más institucionalista de todos los siglos, se movía hacia las fronteras del nuevo mundo descubierto por Colón, careciendo sus representantes en su inmensa mayoría de verdadera vida espiritual, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz y Luis de León se dedicaban a explorar el mundo espiritual donde Jesu Cristo fuese Rey y Señor.

Asistimos ya a un momento de la historia cuando un grupo cada vez mayor de personas dedicadas al ideal de un cristianismo verdaderamente ecuménico, vuelvan la mirada hacia la vida de los santos de antaño, hombres y mujeres enamorados de Cristo y maestros de una vida espiritual dinámica. Estos ecumenistas nuevos van en busca de fuentes históricas y bíblicas que produzcan un ecumenismo renovante y unificador en todas las iglesias y por todas las tierras.

Al saludar los albores de un nuevo día, cuando se dejan escuchar entre las filas de nuevos cruzados ecuménicos, temas sacados de los santos místicos de Castilla tales como "Entre los pucheros anda el Señor" y "Vive en los campos, Cristo", demos gracias a Dios por Don Alberto Rembao, el Apóstol mejicano de la ecumenicidad verdadera. Al través de los labios de este santo varón suenan de nuevo las palabras de aquel filósofo y cruzado de Mallorca, Raimundo Lulio, que dijera una vez, "Tengo una sola pasión en la vida y es Él"; Jesu Cristo, el Señor de la Ecumenía.



Iniciación ecuménica de Rembao, Congreso Evangélico, La Habana, Febrero 1916

REMBAO: EL AMIGO

Por W. STANLEY RYCROFT

He tenido el gran privilegio y honor de conocer a Alberto Rembao durante los últimos veinticuatro años; primero cuando fuimos delegados al Congreso Misionero Internacional en la India en 1938, y después como digno colega en el Comité de Cooperación en la América Latina. He podido apreciar sus dones excepcionales de escritor erudito y de pensador y filósofo profundo. Pero en medio de los indiscutibles valores intelectuales que poseía, se destacaba siempre de manera extraordinaria su capacidad de ser un buen amigo, y la lealtad y sinceridad de la amistad que me profesaba serán para mí recuerdo imborrable.

La amistad, para tener valor alguno, debe ser innata y emanar inconscientemente del ser, para entablar una relación armoniosa con otra persona. De Alberto Rembao brotaba como manantial inagotable su capacidad para amar al prójimo, para identificarse con él, para regocijarse con sus alegrías, para llorar con sus congojas.

Alberto Rembao, poseedor de tan notables riquezas de la mente, de tan singular penetración espiritual, de tan vasto cúmulo de conocimientos, nunca quiso limitar estos dones a sí mismo, sino que los compartía con sus amigos con gran derroche de generosidad y cariño.

Siempre lo recordaré en su despacho en actitud típica, con su boina oscura, encorvado sobre sus libros y papeles, el ceño fruncido en su absorción en ellos; pero al verme entrar a su oficina notábase el cambio, el aligeramiento en lo grave de su rostro, la sonrisa en los labios, el gesto de bienvenida, las palabras sinceras de acogimiento, el infalible "come in, sit down" en inglés. Rembao el intelectual, el hombre de los libros, habíase convertido en un instante en Rembao el amigo . . .

Mis visitas a la oficina de Rembao, que pretendían ser de tan sólo unos minutos, invariablemente se prolongaban a media, y hasta a una hora. Siempre me separaba de este buen amigo animado y estimulado, después de haber escuchado sus ideas sobre la vida, y sus opiniones sobre palpitantes sucesos del día. Mi espíritu sentíase elevado al oir a Rembao expresar sus hondas convicciones cristianas.

Su generosidad se desbordaba e incluía a pobres y humildes, como

también a personas de fama mundial e intelectuales de renombre. La necesidad de ser buen amigo integraba su personalidad compleja y distinguida. La vida de Rembao ha rozado con la de muchos otros en varias partes del mundo. Como el que estas líneas escribe, aquéllos siempre recordarán su amistad leal y bondadosa. Con toda sinceridad podrían decir que Rembao fue tal amigo porque su vida se había entregado a una profunda amistad a lo largo del camino con Aquel que dijo: "Vosotros sois mis amigos si hiciéreis las cosas que yo os mando"...

Elegía por el hermano ausente

Fluye la vida al dorso de la ola,
resaca en mar de tiempo peregrino,
gaviota en vuelo al ras de mi camino,
ser que en tu Ser por el amor se inmola.

Fui rasgo de tu mano, cifra sola
en el libro sellado del Destino,
hálito de tu voz, Verbo divino,
donde la creación puebla y desola.

Me desvivo en tu seno, despertado
del sueño de mi nombre, que encendiste
cuando fluyó la sangre en tu costado;

y por ese Camino que me abriste
vuelvo a ti, mi Señor, resucitado
ola en tu mar donde mi ser persiste.

Angel M. Mergal

REMBAO Y LA "FISONOMIA MATANCERA"

Por ALFONSO RODRÍGUEZ HIDALGO

Esta frase fue "acuñada" por el Dr. Alberto Rembao. Con la misma, se refería él a las características más sobresalientes de aquellos que formaban parte de la "familia" del Seminario Evangélico de Teología en Matanzas, Cuba.

Tres rasgos bien destacados formaban, según el Dr. Rembao, la "fisonomía matancera". A saber:

1. Lealtad absoluta e incondicional a Jesucristo y a Su Iglesia.

2. Afán de superación por conocer la verdad que hace libres a los hombres.

3. Espíritu de fraternidad que, en medio de un mundo dividido por discordias, odios y tragedias, da sentido y realidad al mensaje cristiano, que une con lazos de amor a hombres de todas las razas, culturas y nacionalidades ya que "en Cristo no hay naciente ni poniente, ni sur ni norte que declaren guerra, sino una comunión de amor ferviente, que abarca en plenitud toda la tierra".

Los que tuvimos la dicha de conocer íntimamente al Dr. Rembao y de asomarnos un tanto al hondón de su alma pura, noble y generosa, afirmamos ahora que, al acuñar él la frase "fisonomía matancera", sin pretenderlo ni sospecharlo siquiera, se hizo el mejor auto-retrato que hemos visto de este gran hombre de Dios.

Porque así fue Rembao: siempre leal a Jesucristo y a Su Iglesia, ejemplo vivo de superación por encontrar la verdad que es en Cristo, que es CRISTO; y amante apasionado de la fraternidad, la paz y la concordia.

¡Que esta "fisonomía matancera", que en realidad es la fisonomía misma de Rembao, nos inspire y nos estimule a servir siempre a otros, con generosidad y entusiasmo, en el nombre de Dios y para Su gloria!

ALBERTO REMBAO
Cristiano de Tiempo Entero

Por A. M. MERGAL

Hallábame postrado en el Ponce Intercontinental cuando me sonó ominosa la voz telefónica: "Se nos fue Alberto Rembao". El sobresalto me paralizó la percepción momentáneamente. Pero luego pensé, como lo hubiese dicho él mismo, "en tesitura cristiana": "No, no se nos fue. Se nos fincó y se nos queda como él quería, y al estilo del apóstol Pablo, *en Cristo*".

De su obra *Pneuma (Los fundamentos teológicos de la cultura)*, conferencias presentadas a los cristianos mejicanos en el verano de 1957, he tomado este otro apellido, allí donde se nos fue el Alberto Rembao temporero y nos queda el "cristiano de tiempo entero". En sus propias palabras, podemos ahora comprenderlo como "hombre salvado de verdad, hombre de una pieza, hombre de tiempo entero, por contraste con el filósofo que ante la muerte lo sería de tiempo parcial . . . Tiempo eterno de vida eterna es el tiempo de una sola pieza, sin pasado, sin presente, sin futuro. Tiempo intemporal que en el espacio se vacía" (*Op. cit.,* p. 38). En este tiempo entero se nos finca Alberto Rembao.

El hermano Arrastía me pide una aportación para un *Homenaje,* "sobre Rembao el intelectual o el pensador cristiano". Para poder complacerle tengo que comenzar por esta apostilla. "El intelectual, el pensador cristiano" sólo tiene sentido inmerso en la integridad del cristiano entero. Este hombre, que a fuer de periodista tuvo que expresarse en factura de mosaico, aspiró constantemente a la integridad de la túnica inconsútil. En abril de 1958 escribía: "Como mi circunstancia es parte de mi entretela, todo se concreta en un yo intoxicado de totalidad, ya que no hay más cosa que la vida ni más vida que la mía". Este yo intoxicado de totalidad insiste en el próximo número de LA NUEVA DEMOCRACIA (julio de 1958), y esta vez con una sección que titula *La Unidad del Yo y el Todo,* y que va precedida de un editorial donde dice: "Respuesta religiosa quiere decir respuesta humana integradora por integral . . . Transformar vale por transfigurar. El transformador tiene que comenzar transfigurándose, renaciendo a vida de teonomía". En este proceso de transformación alcanzó Rembao la

unidad tan ansiada del pensar y del sentir. "El pensar", escribe en octubre de 1958, "proviene del sentir. La idea puramente cerebral es producto secundario: hija de idea anterior, parásito que vive de su herencia, de la sangre de la tradición. Idea nieta de idea es pensamiento machacado en almirez de ideología, ideología que es anti-idea usurpadora de experiencia". En enero de 1961 nos declara Rembao: "Los protestantes de la América Latina son gente de alma entera" (Cf. *Pneuma,* p. 154). Rembao alcanzó esta integridad de su alma, pudiendo contemplarla antes de morir como alma esculpida y destacada *en Cristo.* Tal vez fuese ésta la última visión de sí mismo, la que nos da en el mes de julio de 1962: "En escultura se anda entre líneas inevitables. La horizontal, dimensión de reposo: y la vertical, rumbo de la energía y la diagonal o inclinada, camino del movimiento... El reposo es como Espíritu y la energía, como Padre, y el movimiento, como Hijo, con lo que anda de regreso en tierra de religión, pero el principio es el mismo; porque religión es escultura de trasmundo".

Este Alberto Rembao que así pudo verse a sí mismo antes de su trance, *escultura de trasmundo,* logró la estructura de esta visión en Camino de gracia, flanqueado por *La Vida*, a la izquierda, y por *La Verdad*, a la derecha. Esta integración en El Camino, con Vida a la izquierda, y Verdad a la derecha, es imagen de su proceso intelectual, pero es también, en lenguaje junguiano de su preferencia, el camino de su individuación. El análisis de este camino, de este proceso de individuación, tomaría mucho más tiempo y espacio del que nos permite esta evocación de homenaje. Sin embargo, como trayectoria sugerida para la reconstrucción de la vida temporal de este cristiano entero, señalamos las categorías *de su temario*:

1. el ser y la persona, su filosofía;
2. lo religioso y lo profano, su fe;
3. democracia, libertad e iglesia; su ética.

Por vía de recomponer en visión integral el mosaico de su abundante obra, estas tres categorías podrían servirnos, dicho en el lenguaje de sus analogías, como las tres vertientes de una sola pirámide. Por una faz, la idea; por la otra, la fe; por la otra, la acción; como la base, la horizontal del reposo, fundamento de la vertical que asciende hasta el ápice de la perfección. Ese ápice tiene mucha semejanza con el punto Omega de Teilhard de Chardin.

II

Los pensadores de vocación alcanzan, desde muy temprano en su carrera, la intuición de una idea originaria que ha de servir como núcleo de la estructura global o entera de su pensamiento, en la medida en que ésta crece hasta alcanzar una expresión profunda y transparente. Es lo que ha ocurrido con Alberto Rembao. Lo que llevamos dicho en la primera parte de este trabajo constituye su núcleo de originalidad, expresado tan cabalmente en su obra *Pneuma*, y en los comentarios que siguieron de ella en La Nueva Democracia.

Carecemos de información en cuanto a la prehistoria intelectual de este pensador. Pero desde que le conocimos en las páginas de La Nueva Democracia, donde ejerció su ministerio por un cuarto de siglo, lo vemos como vigía, ojo avizor de todas las lecturas valiosas que iban saliendo y que se incorporaron a su núcleo de originalidad. Sospechamos que su prehistoria se hunde, como todas, en el caos de experiencias del *mundo* natural y luego del hombre histórico. Su núcleo de originalidad emerge como al decir de San Pedro: "Cual antorcha que alumbra en lugar obscuro", y luego, en las propias palabras del mismísimo Rembao, esa *antorcha,* a la cual el apóstol llamó "la palabra profética más permanente" se funde, para este mejicano predestinado, en el Cristo del *Nuevo Testamento*, "en el cual estaba la vida, y era la Luz de los hombres" (II *Pedro*, 1, 19 y *Juan*, I, 4). Esta palabra encarnada fue, como para el San Pablo de *Romanos*, la fuerza transformadora y creadora de un *nous*, en virtud del cual este cristiano de tiempo entero siguió "experimentando la buena voluntad de Dios agradable y perfecta" (Cap. 12). Esta buena voluntad de Dios es justamente la que se expresa en Jesús de Nazareth; y se experimenta por el cristiano de tiempo entero. Es la energía transfiguradora que le lleva a transfigurar su mismo ser y su historia, en forma de trasmundo.

Hemos señalado arriba el valor que para Rembao tiene la experiencia, la idea y, finalmente, la verdad de trasmundo. La idea le llega a Rembao vaciada en lecturas, y sobre las experiencias y las ideas se apoya Rembao, pero sólo con la punta del pie, para dar el salto en el trampolín de la fe cristiana hasta alcanzar la visión de la trascendencia final.

En los últimos días de su existencia se apoyó en la biología de Julián Huxley, y en los sacerdotes de la física nuclear, sin sospechar, ¡quién

sabe!, que Julián Huxley se había apoyado ya en la obra del jesuíta de Chardin. De estas lecturas, inmersas en la luminosidad del *nous* encarnado, obtiene Rembao y nos da, a lo largo de sus veintisiete años de trabajo periodístico, el concepto de una escala del ser, del equilibrio bipolar del ser, de la técnica, de la historia y de la cultura. A nuestro juicio, estos son los factores claves que cristalizan en torno de su núcleo de originalidad.

Lo que más lejano parecido guarda con un *sistema* o estructura de pensamiento en Rembao es sus *Fundamentos teológicos de la cultura* (1957). Pero el sistema no quedó expreso, sino supuesto. *Cultura* es variedad proliferada en civilización. Desde ésta piensa, escribe y actúa Rembao, pero arraigado en el fundamento, al cual llama, con lenguaje paulino, *Pneuma*. Su sistema es la vivencia de *enteridad*, su fe totalitaria; su visión es el *Icosaedro cultural* (La Nueva Democracia, octubre de 1955). "Pluralidad de los contemplados; unidad de la contemplada. Por una parte las verdades de los conocedores; por la otra la verdad entera imposible de captar en su totalidad ... El poliedro de la premisa y la definición es volumen; cuerpo de tres dimensiones, con tuétano y meollo, concreto y duro, por debajo de la superficie... La Verdad no es materia de experimento científico; es vista de contemplación visual" (pág. 17). Por ahí se va del brazo de William James, Sanders Pierce, Miguel de Unamuno y San Agustín, hasta alcanzar la visión del *trasmundo*, sostén del intramundo, el Verbo encarnado en *ágape*.

Los polígonos más espectaculares de este Icosaedro son, para el contemplador, la teoría griega, la intuición de fe bíblica, el catolicismo medieval del Santo Imperio y la Escolástica; el Protestantismo reformado, con sus corolarios de ciencia, industria, política y economía; la diferenciación cultural de lo europeo nórdico, mediterráneo y americano; y ahora la democracia, el capitalismo y el comunismo. El centro sólido de esta fenomenología histórico-cultural es la vinculación originaria de fe, con sus expresiones de libertad, justicia, ágape, y paz, sintetizadas en el "venga a nos el tu Reino".

En el pensamiento maduro de Rembao, el punto de partida no es el ser parmenideico, sino la persona trascendente de Cartesio, la que puede elevarse por sobre todas sus vivencias y ejercer la duda metódica, para dar en el último reducto del Ser indubitable. Pero la reflexión cristiana va más allá, hasta el Conocedor de mi conocimiento, hasta

el Viviente que me ve: "entonces conoceré como soy conocido". Desde esa Persona, intuición de la fe que en Cristo se concreta, parte el contemplador para descender y ascender por la escala del ser. Aquí de Heidegger, Martin Buber, Karl Jaspers, y finalmente de Cassirer, como escribas que le anduvieron cerca al Reino de los Cielos.

Primero lo humano, y en ello su conciencia, o su intuición de la tensión bipolar que lo constituye: muerte y vida; tiempo y eternidad; creador y destructor; lo esencial y lo histórico; el expresarse y el recatarse; su amor extroverta y su amor introverta; su individualidad secreta y su sociabilidad ineludible, y, finalmente, su Yo como interiorización del Tú originario, la resistencia asimiladora del Yo naciente hacia el tú pre-existente (Cf. *Pneuma*, pág. 163).

Para el autor de *Pneuma*, lo humano es básicamente trascendencia, lo cual significa funcionalmente conciencia de sí mismo, y del *alter ego* plural: creación, Creador y cultura, es decir, Dios, mundo y hombre. Y en segundo lugar, lo humano es urgencia de comunicación y los efectos de la misma: simbolización y técnica. Entre estos efectos de la comunicación, cuenta el mejicano la sociedad, la juridicidad, la economía, la religión, el mito, el arte, y etc., etc. — la civilización y la historia (Cf. LA NUEVA DEMOCRACIA, julio de 1958, págs. 3-10).

Los materiales me los ofrece Rembao, el sistema lo he construído yo, gracias a mi parentesco espiritual con el contemplado. Por ello, es necesario ofrecer algunos materiales en vitrina de museo.

> "No hay arte grande si no es expresivo de una trascendencia", afirma con cita de André Malraux.
>
> (*Pneuma*, p. 45)
>
> Cultura de cuarta dimensión vale por cultura trascendente (*Ibid.*, pág. 179).
>
> Con Lotze (Rudolfo German), el del personalismo pluralista, el embrión de la personalidad se puede rastrear hasta la más remota partícula del polvo cósmico. Etc.
>
> (*Ibid.*, pág. 117)
>
> *Triángulo sideral de la realidad cotidiana:*
> hombre, mundo y Dios. "El hombre es lo primero por ser el perceptor" . . . y luego sigue hasta la "Vida que triunfa del *tiempo y de la muerte*" y su concepto de *tiempo humanado*, "puesto al servicio del espíritu" . . . "Esta es en

efecto la vida sin fin del presente perfecto que se independiza (trasciende) del tiempo y de la muerte... Amar (con sentido de *ágape*) es un acto de fe constantemente repetido". Y esta fe, concretada en actos de amor, es *la libertad* originaria, la trascendente, y fundamento de todas las libertades. "El libre es el que se percata de su condición. Es decir, de la condición del otro, del alter ego, por cuya causa hay que realizar acciones portentosas y proceras". (La Nueva Democracia, *jul*io de 1952, págs. 3-17.)

III

La solidez del *Icosaedro*, sin embargo, se la imparte *La Verdad Libertaria*, la del *Evangelio* según San Juan. La teoría del ser, del saber y de la acción creadora partió de la persona humana como "Imagen y Semejanza" y regresa a la Persona soberana del trasmundo. "La filosofía es respuesta provisional que sirve para apaciguar el ánimo y permitir que la vida siga su marcha rumbo a la siguiente inquisición... " Y por este camino, regresa a *Las Confesiones*, de S. Agustín, y a la distinción paulina entre "el saber según la carne" —el hombre exterior— y el saber según Cristo" —el del hombre interior (La Nueva Democracia, julio de 1958, págs. 6 y 10). Esa Verdad es la vinculación entre los seres, los tiempos, los saberes y los amores, a la cual se acercan, sin alcanzarla todavía, Heidegger, Buber, Max Scheler y Francisco Romero, entre los contemporáneos. Eso dice Rembao: "El mundo del intelecto es esquizofrénico; que tiene la entidad partida en dos, y que las dos partes se hacen la competencia a la hora de recibir lo de afuera; que se figura el receptor que lo que no le cuadra al mundo material debe de venir de otra parte. Pero no; es que lo uno y lo otro vienen de la misma, que es Fuente de agua de dos colores: el que se ve de día y el que se oye de noche... " (La Nueva Democracia, enero de 1955, pág. 92). "La filosofía de la ciencia sale ahora con que Pablo tuvo razón. El mundo de lo físico renace y resucita por la misma Ley de Amor que hace que Jesús Crucificado retorne vencedor del Reino de la Sombra de la Muerte como Cristo Resucitado".

La "entropa" o "entropía" de Maxwell fue para Rembao un símbolo de esta intuición: "Entropía es forma de espíritu santo de la misma familia que el *Otro*, por antonomasia, hipostático de la Santísima Tri-

nidad. Entropía será así influencia impersonalizada que le sirve de cimiento y fondo a toda figura de personalidad". Y así, por Clausius y Maxwell llega otra vez a S. Pablo, donde "todas las cosas son manejadas para bien de los individuos que aman a Dios", aun el dolor, "porque el dolor pone al individuo común en comunión con Dios" (La Nueva Democracia, abril de 1957, págs. 6-8).

Hubo un momento cuando Rembao alcanzó la visión total de su Icosaedro, como la Santa de Ávila alcanzó la de su castillo interior. Yo le oí aludir a este paralelo en Puerto Rico, en un discurso de Resurrección, desde una tribuna improvisada en la entrada frontera del Capitolio. Y todavía resuenan sus palabras: "Así se surge a la vida-plus, con la toma de consciencia en vida que se vive ante la vida, cuando la existencia en razón se concreta. La consciencia *del Ser (sic.)* llega por añadidura, para estar en el mundo y en la circunstancia, desde dentro, desde posición interior —este es el puesto de Scheler— para ver mejor a los prójimos y contemplar racionalmente a las cosas que así contempladas cobran personería y se trasmutan en prójimos. Quien así se planta, dinamizado ya, se yergue ipso facto ante el problema y se tiende resuelto hacia las fronteras del existir que, puede que de asombradas, pierden la sombra y se esclarecen, con lo que el bien situado llega a saber que los tales límites y sus allendes son partes integrantes de la parcela sin comienzo y sin fin ... (La Nueva Democracia, julio de 1958, págs. 4-5).

La alusión a las situaciones límites, de Jaspers, es obvia, sin nombrarle. Desde esta culminación de sí mismo, nos dejó Rembao su *Pneuma*. "La obra acabada", dice allí con nostálgica penetración, "cuando se presenta ante el creador, no es solamente realización, es también desengaño: queda por debajo de la intuición originaria, de que brotó" (*Op. cit.*, p. 181). Porque aquella "totalidad", de la cual vivió intoxicado, existió en él como intuición de potencialidad hacia la trascendencia, y existe sólo en Dios como Acto Puro. He aquí, una vez más, la visión de Moisés sobre la cúspide del Pisga.

Rembao, cristiano de tiempo entero, concibió su vida temporera, al modo de Abraham, Moisés y San Agustín, como tránsito hacia *La Ciudad de Dios*. Y esta peregrinación la vivió en dos tiempos concertados, en función de geometría analítica: la abscisa del tiempo natural humanado, y la coordenada del tiempo de Dios (Cf. La Nueva

Democracia, julio de 1958, págs. 6 y 7). En función de coordenada vertical interpretó la trascendencia hegeliana (*Ibídem,* enero de 1957, p. 10). En su primer tiempo, pasó de las vivencias, incluyendo la vivencia del ser y la acción, al saber humano. En su segundo tiempo, nacido de la revelación del origen, *aborigine*, alcanzó la intuición de la verdad de trasmundo, la verdad de la fe que conduce a la obediencia por *ágape*. De ahí que comprendiese la filosofía y la ciencia humanas como *preambula fidei* al modo de San Anselmo: *"fides quaerens intellectum"*, y más allá: "el intelecto justificado por la fe". Y así mismo comprendió al ser y a los seres, como fenomenología del espíritu santo en función de la segunda ley de la termodinámica de Maxwell.

La religión cristiana fue para él la perfecta, porque conducía a la máxima clarificación de la existencia, superior a la de Jaspers, porque ésta terminaba en la perplejidad de las "situaciones límite", las cuales trasciende el cristianismo por el *ágape* creador, la clarificación que se origina en la fe de Cristo. Este es el sentido del ser y de los seres, de la verdad y las verdades, de la acción y las acciones al cual Rembao llamó la verdad de trasmundo. (Sobre la Biblia como símbolo de esa verdad, véase el capítulo VI de *Pneuma*. Sobre el concepto de *originalidad*, véase La Nueva Democracia, enero, 1957, ps. 11-12.)

"Todas las disciplinas científicas se tornan religiosas, en cuanto teológicas", escribe en octubre de 1958, "porque la índole fundamental de las ideas es religiosa; porque el pensamiento abarcador de la totalidad cósmica a la larga se topa con Dios. El pensador cae en la cuenta de que su búsqueda trasciende hasta más allá de lo mental, y hasta más allá de la fantasía, para invadir los cotos del sentimiento y la intuición . . . para que en la demanda intervenga el *ser humano íntegro y entero. (sic.)* Ya no se trata del descubrimiento de la verdad, que se trata de la esencia de la vida . . . " (*Op. cit.,* p. 7).

IV

Se atribuye a Teresa de Ahumada, la del *Castillo Interior*, unas palabras bien castellanas: "Entre los peroles anda el Señor". Se refiere la Santa al mismísimo Cristo Sacramentado de la custodia, quien lo mismo santifica al altar que a la cocina. Tal vez por esto, y por aquello de "su hilo (línea telefónica) directo con la eternidad", del cual también le oí hablar en el *Mensaje de Resurrección* ya aludido, Rembao

tenía a la Santa avilesa por cristiana protestante, al modo como él entendió los principios claves de la Reforma, verbi gracia:

1. Sacerdocio universal del creyente,
2. Carácter sagrado de la vocación civil,
3. Libre examen y
4. Autoridad suprema de la Palabra de Dios
(Cf. *Pneuma*, pág. 161 y caps. V y VI).

A partir de estos cuatro principios, este mejicano "intoxicado de totalidad" consagra el resto de su vida a la búsqueda de un sentido universal de la existencia concreta y particular, la de todos los días y las ocasiones. Eso fue lo que quiso darnos en *Pneuma,* la cadena semántica de los particulares, que teje en cadeneta el sentido universal de la existencia. Al cabo de esta búsqueda puede afirmar con entusiasmo, conciencia y respeto: "El protestantismo actúa en el mundo no sólo directamente como religión reformada pero también, y vaya que principalmente, como cultura de libertad y progreso... Lo que a la teoría filosófica se le escapa, aun en las formas de Martin Buber y Francisco Romero —¡y no se podría pedir más!— es que en protestantismo el sujeto no va solo, ni movido por sus propias energías; es que va energizado de espíritu santo..." (*Op. cit.*, pág. 163).

El punto de partida es el *perceptor,* la trascendencia humana; el punto de llegada es *El que Conoce al Conocedor,* la trascendencia de la Divina Trinidad; y desde ese punto Omega, alcanzado en la fe y en Cristo, el poliedro del ser y de los seres aparece transfigurado por la luminosa verdad. Primero la cultura hispánica en contraste con la Reformada; luego la historia: Neo-Hispania y Neo-Inglaterra, que es más bien neo-Europa, finalmente América. Entonces, el Protestantismo americano, y el ecuménico, frente a la problemática de la vida contemporánea. Eso es *Pneuma.* En esa trayectoria, la cadeneta se teje comenzando con la trascendencia, fundamento de la libertad potencial y sus realizaciones en acto, lo cual es la historia de la cultura. El centro de esa historia es el Verbo Encarnado; y desde entonces, la propiedad material y la persona espiritual; la enconomía material y la dignidad espiritual; el individuo material y la sociedad espiritual; la ciencia material y la religión espiritual quedan transfiguradas en siameses por el sentido que les imparte la Verdad Eterna.

Cuando Rembao quiere simbolizar en palabras esta vivencia de la

transfiguración de la existencia, su prosa adquiere calidad lírica: "Se dijera que (el labrador) al hincarse a acariciar el suelo, sentido ya como madre, el *homo religiosus* se levanta empinado ya con el derecho de propiedad que así adquiere, en cuanto trata a la tierra como cielo, con lo que en la planta de los pies le brotan las alas de la personalidad. Sin propiedad (privada) no hay economía pública. Sin propiedad no hay libertad ... La vida plena tiene ámbito que se extiende más allá de la biología ... El derecho de propiedad emerge de los de la personalidad, de la naturaleza entera del hombre integral, que es el integrado con la realidad personal de al otro lado de la frontera, del allende, del trasmundo, del cielo" (*Pneuma*, págs. 127-128).

Esta cosmovisión explica la admiración de Rembao por W. James y su precursor S. Pierce (La Nueva Democracia, octubre de 1955, pógs. 8-11). "La vida humana", escribe Rembao en abril de 1957, "es posible sólo a base de los dos Entes", la economía y la historia. Con lo cual queda dicho que en el proceso histórico, que lo es del espíritu santo, adquiere carácter sagrado la economía, "el pan nuestro de *epiousíon*", es decir, de sobrevivencia, la dádiva de Dios (Cf. "Conquista de la Libertad", en La Nueva Democracia, julio de 1952, págs. 2-3).

Entre ataques de amnesia y coronarias llegó este amoroso de la libertad hasta abril de 1961, tal vez hasta la última expresión de su integridad intelectual. Y allí volvió sobre tres puntos básicos de la raigambre de su espíritu: democracia, libertad y economía. "Democracia no es capitalismo. El capitalismo es un método de producción económica que en cuanto método cambia hasta el grado de llegar a contrasentido del original. En cambio la democracia en su acepción de principio fundamental de gobierno ... permanece para siempre igual". En cuanto a la libertad "El hecho bruto es que libertad y economía se condicionan mutuamente" ... Y así llegamos a su visión desde la cumbre del Pisga: "La condición humana deja mucho que desear todavía. La obra en marcha requiere tiempo de parte de la Eeternidad y voluntad de parte de los humanos; está el hombre con la mano sobre el arado y la vista en el porvenir. Queda por lograr el derecho a la paz que complete el estilo de vida plena en libertad plena a que el *homo sapiens* está destinado en campo de Verdad". Y en este momento, "con la mano sobre el arado y la vista en el porvenir", lo envolvió la Paz y la Gloria, y lo cubrió de luz como de vestiduras.

EN LA MUERTE DE ALBERTO REMBAO

Por ANDRÉS IDUARTE

El miércoles 6 de noviembre de 1962 fue el último día que tuve la bendición de la hospitalidad de Alberto y Julita Rembao, juntos, en su nuevo apartamento de Broadway y Lasalle. De mi clase de literatura hispanoamericana me fui, como casi todas las semanas, a cenar con ellos. De las siete a las doce de la noche gocé otra vez de su mesa y de su plática. ¡Qué largas horas —pensaba, temía yo— para quien en diciembre del año anterior había sufrido un derrame cerebral que lo dejó afásico, prueba tremenda para el hombre de clara inteligencia, certera palabra y brillante pluma que la venció en pocas semanas; para quien en el septiembre reciente había logrado superar nuevamente, con su norteña entereza física y espiritual, otro mortal amago; para quien, enfrentado a la debilidad que lo recluyó en su casa por dos meses, seguía leyendo y charlando, colmando de atenciones menudas y de hondas bondades al amigo de siempre!

Sin decir la tremenda palabra, sin decir "adiós", con un sonriente señoreo de sus males, iba suavemente despidiéndose de los que aquí nos quedaríamos por un rato, por unos meses o por unos años más. Me decía cuando Julita, la esposa devota, andaba en las tareas de la cena:

—Venga más seguido, Andrés... No se vaya tan temprano, Andrés... Es sólo media noche, y ya no nos quedan muchas para conversar... No, no, la desvelada no me cansa, me alienta. Para esto no hay remedio, Andrés: el cuerpo ya se acaba, ya se acabó; la muerte está aquí cerca, aquí a mi lado, ya conmigo. La siento llegar. Y puede llegar cuando quiera: estoy en su espera, y bien dispuesto.

Miraba con más ternura que nunca sus libros, sus revistas, sus papeles. Desde los ventanales de su séptimo piso contemplaba con amor su esquina de Lasalle y Broadway, por donde su heroico paso de trabajador subió todos los días al elevado que teníamos a la vista. Sí, desde allí, en las mañanitas frías, en las noches nevadas, en los mediodías ardientes fue durante treinta años a su antigua oficina de la Quinta Avenida y bajo sus arcos pasó el último año rumbo a la nueva del 475

de Riverside Drive. Y se extasiaba con las lejanas luces blancas y azules del puente de Washington.

—Estoy tranquilo y contento, Andrés... en el balcón tomo el sol por las mañanas, me alegro con el verde del campo de Morningside, repaso mis trabajos en el despachito. ¡Qué bien ha arreglado Julita este apartamento! Ella cree que lo voy a disfrutar mucho. No, no es así. Pero a ella le queda, que es lo que importa. A tiempo lo adquirimos. Usted y nosotros queremos más el viejo de Claremont Avenue, pero allí ya no podíamos seguir, y menos ella solita. Sí, me voy contento y tranquilo.

—Ya sabe usted: pude terminar el último número de LA NUEVA DEMOCRACIA. Estaba ya decidido que sería el último. La revista y yo nos vamos juntos. Así está bien. Pero si viviera yo más, aquí sí escribiría todo lo que usted quiere, todos mis recuerdos de México, de Chihuahua, de la Revolución.

Saboreaba los "Vencedores" y "Nacionales" que a cada viaje le traía yo de México, paladeaba con medida la buena comida mexicana y española de la compañera de toda la vida, jugaba con el viejo gato "Tanilo":

—Estos llamados *animales* saben y sienten más de lo que la gente cree . . .Arisco y bravo, pero me sigue como un perro. Y apenas llegan buenos amigos se incorpora a la reunión. Mire cómo lo ve, mire cómo le contesta.

—Usted cuide su cuerpo y su alma, y siga haciendo su trabajo. Yo sé que a usted en todo le irá bien. No lo dude.

Chihuahua, Tabasco y todo México palpitaba en nuestras pláticas. No había hecho viejo y nuevo de allá, de aquí y del mundo que no comentara con conocimiento, juicio y hondura. Los anaqueles estaban repletos de libros bien ordenados, los escritorios de revistas y periódicos de todas partes y, a la mano, la televisión:

—Pueden ser cosas del diablo, Andrés, pero nosotros podemos hacerlas cosas de Dios.

La muerte de Eleanor Roosevelt, y su entierro, lo conmovieron hasta las lágrimas. No menos la de Francisco Romero:

—Usted sabe cuánto nos queríamos —me dijo. Nada más.

—Despídame de su buena madre, Andrés. Y dígale a Graciela que

allá en México nos veremos. O mejor aquí: que venga pronto. También con ella tengo mucho que hablar. Y a Raúl Noriega escríbale, y cuéntele de mi mala salud... Ahora o después.

En uno de los últimos números de La Nueva Democracia reprodujo la silueta de Don Pedro de Alba que por primera vez publiqué en *Excelsior*:

—¿Cuándo sale el librito con sus artículos sobre Don Pedro? Ya se acerca su aniversario. Nos vamos yendo todos los de la vieja guardia, Andrés. Ya no están aquí ni Don Ramón Denegri, ni el general Montero Villar, ni Rafael Zubaran Capmany, ni José Miguel Bejarano, ni Jorge Mañach.

Fecha aciaga la del 10 de noviembre: en 1960 cayó Don Pedro de Alba en el recinto de la Unesco, en París; y en 1962, cuatro días después de nuestra última plática, de la plática en que lo evocamos, cayó Alberto Rembao en el sitio de ella, en su hospitalaria casa de Nueva York. Allí lo lloramos su esposa y sus amigos españoles, de Valencia, Carmen y Salvador Seguí; allí y en la Funeraria Williams con los compatriotas y los hombres de todas las latitudes que tanto lo amaron: allí y en el cementerio Farncliff, donde dijimos adiós al cuerpo del gran mexicano fiel a su patria, del cristiano leal a lo mejor de la tierra que le dio sepultura, a lo más puro de todas las causas puras, de Dios y del hombre.

Más palabras, no puedo, todavía no puedo. No sólo me siento solo, sino desolado. Por eso mi homenaje se reduce hoy a éstas. Y a tres de los artículos que escribí en vida suya. No lo quise ni lo admiré menos en ella que ahora, en su muerte.

I

Alberto Rembao, mexicano de Nueva York

En el valle de lágrimas que es la vida se encuentra el hombre, de tiempo en tiempo, con la bendición de una sonrisa. El mexicano de Nueva York tiene a su alcance una de las más dulces y consoladoras: la de Alberto Rembao:

Siempre me ha recordado su fisonomía la de Franklin D. Roosevelt, hombre también de inolvidable sonrisa, aún más seductora para quien lo veía en persona y no sólo a través de fotografías y películas. No, no era una máscara publicitaria como la de tantos otros políticos norteamericanos. Nunca tuve —esto es lo más curioso del caso— completa fe en el gran Presidente; siempre pensé —y todavía pienso— que era más un habilísimo líder que un apóstol; pero no puedo negar que las dos veces que lo vi y estreché su mano salí tan fascinado como todos sus seguidores. La sonrisa de Rembao es auténtica sin ningún género de duda: no busca poder, ni dinero, ni influencia. Esta miel no puede ser falsificada porque es íntima, privada, doméstica; porque no es anzuelo para nada ni para nadie. Es porque es.

Moreno del Norte de México, hombre alto y corpulento y a la vez elegante y ágil de movimientos, es prudente y franco, suave y viril, cortés y abierto, respetuoso y llano en el trato con todos. De finas y armoniosas facciones, con unos ojos generalmente quietos y a menudo vivos, vivarachos, de una vivacidad casi infantil, es por momentos infantil del todo este hombre que anda por los cincuenta. Cuando habla de su infancia en Chihuahua, cuando recuerda las dominicales peleas de gallos, cuando nos cuenta los cuentos que le hacía su tía Silvina, lo vemos inevitablemente de pantalones cortos. Lleva, como todo hombre bueno y sensible, muy a flote la niñez. Su padre don Andrés Rembao, sus tíos paternos don Rafael y doña Silvina —precursores de la Revolución en Chihuahua— lo llevan de la mano por entre los espesos matorrales de la vida, y lo salvan de espinos y de zarzas.

Salió de México hace veinticinco años, que ha vivido en los Estados Unidos, primero en el Oeste y luego en Nueva York; y parece que llegó ayer. Es compendio de mexicanidad, de mexicanidad norteña, fuerte y campechana. El acento y los giros se le conservan intactos. La mímica mesurada, aún más. Y esto asentado y vivificado todos los días por el ambiente mexicano de su contorno, de su casa. A las paredes llenas de recuerdos mexicanos hacen juego los suculentos platillos de su mesa. No conozco otra —y recuerdo la excelente de José Rubén Romero— de más firme y discreto mexicanismo. Y aquí no sólo habla el estómago agradecido del amigo, sino el corazón, porque es en la mesa y en la sobremesa donde se realiza la comunión de la amistad y el cariño. Rembao despide mexicanidad, satura de mexicanidad a todo y a

todos los que están a su vera. Su nobilísima esposa, nacida en España y crecida en California, es tan mexicana que no hay quien lo ponga en duda.

¿Será campesina la manera de Rembao? Es provinciana, y la capital de Chihuahua era en sus mocedades parte del campo. El cosmopolita periodista neoyorquino tiene en las venas espíritu químicamente puro de Chihuahua.

Sí es revolucionaria su manera: tiene las esencias de la Revolución Mexicana en la que él —con sus tíos— tomó parte desde su adolescencia de 1906. Su cultura, su universalidad, su limpieza moral evitan —por supuesto— toda esa estridencia del lenguaje o del ademán o del vestuario que es la fatalidad de los revolucionarios que dejaron de serlo, de los revolucionarios enriquecidos. Viendo un día los retratos de los Orozco en la maravillosa "Historia Gráfica de la Revolución" de la familia Casasola, pensé en Rembao. Con la fineza que añade el estudio y con el mimetismo que impone la vida de las grandes ciudades, en esos cuerpos y en esos espíritus sólidos y templados está la matriz de este hombre. No en balde es hijo de familia de parecida extracción que la de los Orozco, ni en balde hizo sus primeras armas en las huestes de don Pascual.

Rembao, en la Revolución, siendo oficial revolucionario, perdió una pierna. Esto es indiscreción, porque nadie lo advierte. Con una soltura y —pudiera decirse— con una destreza excepcionales lleva su pierna artificial. Cuando un día lo supe, allá en el verano de 1938 en Staten Island, no podía yo creerlo: tuve que verlo con mis propios ojos. Lo cuento ahora porque no es decir que le falte nada, sino que tiene algo más que muchos hombres por cómo le ocurrió el percance —luchando en el campo de batalla por lo que creía— y por cómo su lucha diaria se ha realizado con un doble esfuerzo que nadie sabe.

Pero la llaneza serena de Rembao no es sólo provinciana y revolucionaria. Tiene esos orígenes, pero mayor contenido. El hombre ha tenido una vida juvenil de obstáculos y dificultades y su espíritu es, como el de todos nosotros los mexicanos, ardiente, tormentoso y atormentado. No es su serenidad la del agua mansa, sino la del mar vencido por su entereza. Ha limado aristas, ha llenado huecos, ha podado excrecencias, ha domado el potro bravío y lo lleva con maestra seguridad de la rienda. Luis Alberto Sánchez me decía: "es un hombre

que se ha encontrado a sí mismo".

Rembao es evangélico. Pertenece a la Iglesia Protestante y lucha dentro de ella y por ella. No le he conocido nunca, desde que lo trato, y ya van diez largos años, la menor pasión limitadora. De gentes de todas las religiones vive llena su casa. Sí hubiera yo sabido que es cristiano y que se empeña en serlo. El perdón de las ofensas, el servicio al prójimo, la comprensión de los pecadores, el consuelo para los desdichados y el dominio de sí mismo para marchar hacia el bien, esto es, la vigilancia cuidadosa de sus actos diarios, muestran un alto ideal de vida. Sin prédica formal, sin aparato externo, sin mecanismo de parroquia.

Estoy hablando del hombre, y al hacerlo hablo del escritor. Lo que se dice de él puede decirse de su literatura. Su prosa está transida de la Biblia, pero es su esencia una prosa barroca de mexicano. El concepto suena a Gracián, pero lo sigue la risa ranchera, la pirueta bromista y caprichosa. Aun en el editorial de tipo político-religioso surge el chihuahuense versado en letras clásicas y en relatos campesinos. Su gracia es indefinible, y me estrellaría si quisiera definirla en un artículo volante como es éste. Quisiera yo recoger de sus libros algunos de sus típicos decires, y algún día lo haré. Baste aquí un ejemplo de su conversación, muy reciente. Una pintora española decía en casa de Rembao a un grupo de escritores hispanoamericanos que el pintor está más cerca que nadie del misterio de la creación porque el mundo se hizo con las manos. Rembao le contestó, entre veras y bromas, que no, pues se hizo con el Verbo. Y del tema trascendental dio el salto a la agudeza guasona, que yo siempre sé que va a venir por cierto peculiar brillo de sus ojos: "Y más que con el Verbo, con el soplo". Imitó el sonido y añadió: "Por lo que, bien visto, el universo viene a ser la congelación del soplo". No necesito decir que parecidas cabriolas se han visto repetidas, con igual gracia, cientos de veces. Quien lo haya leído y lo haya tratado, lo sabe bien.

El Rembao conversador no tiene superación posible. Yo, también conversador, recuerdo a sus semejantes de muchas latitudes, pero a ninguno mejor. A su viaje atento por la vida diaria y por la vida interior se añade el viaje material por el mundo. De sus visitas a Europa, a Suramérica, al Asia —donde fue huésped de Mahatma Gandhi— brota un caudal de recuerdos y observaciones alegres, reidores y pro-

fundos. Siempre he creído que cuando se dedique a escribir rememorando su infancia en Chihuahua, su adolescencia en la Revolución, su juventud esforzada en Nuevo México y California, y los hombres y las cosas de sus viajes, tendrá el mayor éxito literario.

¿Y no es su casa un sitio donde se juntan las amistades de tantos lugares? ¿Qué casa hispanoamericana tiene mejor selección? Repaso a la carrera, en la memoria, y veo allí a Carlos Pellicer, a Alfonso Reyes, a don Manuel Gamio, a Luis Alberto Sánchez, a Cossío del Pomar, a Raúl Roa, a don Fernando Ortiz, a mil más. Y para los que aquí vivimos ¿qué mejor refugio del vendaval de la pasión, de la intemperancia, de la furia cotidiana?

El profesor, el periodista, el escritor, el director de revistas y publicaciones, el revolucionario mexicano merecen otros muchos comentarios; pero no quiero que mi querer por Rembao dé la sensación de que exagero. Me cuesta mucho trabajo censurar y atacar, y es para mí un goce el elogio; pero sólo hago el elogio —como en esta ocasión— cuando me parece justo, y siempre lo ajusto a la verdad.

Aquí lo dejo, y junto con el lector, me voy cogido de la mano de Alberto Rembao, a su vez cogido de la de su tía Silvina, a dar una vuelta por nuestro México de ayer, y a recoger una sonrisa consoladora de las duras penas diarias.

II

Un nuevo libro de Alberto Rembao

Es ya larga y rica la bibliografía de Rembao. Aparte su numerosa producción periodística, ha ido agregando libro tras libro. En su revista neoyorquina La Nueva Democracia se encuentra el hilo conductor de su trabajo, su fuente y su remate: se amplían y maduran después en libros, y en ella se recoge el eco interior de los recientemente publicados. Es así como su autor ha podido resistir sin mengua la diaria tarea del redactor de revistas y del colaborador de periódicos, y cómo no se ha helado el escritor de libros. Ha vencido el peligro que significa el

cotidiano trajín y el riesgo del apartamiento intelectual, doble victoria nada común.

Su literatura está hecha de dos partes. Muy visibles las encontrará el lector, maridadas aunque no revueltas, en su último libro *Chihuahua de mis amores*, publicado por los Talleres Gráficos de "La Carpeta", de la ciudad de México, hace unos meses. El libro está dividido en cuatro secciones: "La patria chica", "La patria grande", "La patria errante" y "La patria nueva". A su Chihuahua natal, a nuestro México, al México de afuera —también nuestro— y al mundo mexicano y fundador del mañana se refieren los artículos que forman cada una de ellas. Memorias y juicios de su provincia, comentarios de la mexicanidad siempre viva en él, cachos palpitantes de su actividad y de su estudio en tierra norteamericana, y homenaje a los amigos queridos como tales, y además admirados intelectualmente: Alfonso Reyes, Federico de Onís, Ricardo Rojas, Mauricio Magdaleno, Rufino Tamayo... Precisamente de Tamayo es la significativa portada: el mapa de Chihuahua enmarcando un rojo y fuerte corazón apretado por una mano leal, esto es, el corazón en la mano.

Ese es el contenido de *Chihuahua de mis amores*, en sus cuatro secciones. Pero en cada una de ellas se verán las dos partes de la literatura de su autor: sus dos estilos, sus dos maneras.

Una se funda en su preocupación filosófica y religiosa. Ésta abarca, sin duda, el mayor tanto por ciento de su obra escrita y publicada. No está hecha de simple predicación de su credo cristiano, sino de explicación de su pensamiento, de buceo en busca de la verdad del hombre. De la humana y de la divina: de la humana que haga merecedor de la divina, de la divina como premio de los sumandos de la humana. Está hecha de moral en acción y de inquietud metafísica. Ajeno o, cuando menos, ignorante quien esto escribe del tema trascendental, no podría opinar sobre este gajo si no fuera porque el escritor Rembao, el hombre Rembao —con toda su gracia mexicana y su sabor chihuahuense— está siempre presente en sus páginas más misioneras y en sus páginas más celestiales. Sin empequeñecerlas, sin deslustrarlas, aun así sabe hacer literatura folklórica: de pronto saca un refrán popular de la erudita cita latina o del más abstracto pensamiento. Y para nosotros ese es su mayor mérito; el de poner humanidad, humanidad sencilla, hasta campechanería, hasta jovialidad, en

lo que otros sólo pueden tratar con pesantez matadora del propósito de demostrar la existencia divina o de exigir su devoción. En estos trabajos Rembao alterna su larga lectura sobre tales materias, su honda preocupación por la conducta y por el sentido de la vida, con el vocabulario y los giros de la entraña del pueblo y a la vez con un conceptismo barroco de la más vieja estirpe.

De estas características —vocabulario y giro popular, vocabulario y giro conceptista, plena llaneza al lado de intención envuelta— está hecha totalmente su segunda manera: el cuento popular, el recuerdo infantil, la descripción de sitios amados, el trazo de viejas escenas presentes, el dibujo de amigos admiradores, y, en suma, la recreación de los rincones de la patria distante pero nunca perdida en su mexicanísimo pecho. Rembao escribe exactamente como habla, y habla como su pueblo de Chihuahua, con interpolaciones y anotaciones —es claro— que centran y destacan deliberadamente sus temas. Don Federico de Onís, en el elogio que de él hizo en el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia en ocasión de un symposium, dijo que Rembao hacía lo que Santa Teresa: escribir su lengua hablada, con su sintaxis propia, que es la de su tiempo y la de su cuna. Las raíces de su padre don Andrés, de su tía Silvina, de su general Pascual Orozco, de todo su vigoroso y colorido mundo de Chihuahua, no abandonan su prosa. Y de pronto entra en los más inesperados vericuetos para salir a las más sorprendentes claridades, en una agilidad tanto de inteligencia traviesa, de emocionada memoria y de pluma bien cuidada y aparentemente descuidada. El lenguaje popular se rompe de improviso, y empieza a salir el comentario culterano en términos y en imágenes. Y todo con un si es no es de broma, nunca amarga ni ofensiva, siempre cariñosa. Todo esto explica la amenidad de sus artículos, que entretienen y retienen al lector; y éste suelta la risa y aun la carcajada cuando de aquel extraño equilibrio de lo popular auténtico y lo erudito burlón se salta a la cabriola imprevista, que a menudo tiene líneas de esperpento o de pantomima.

Hay risa y hay burla de lo ficticio, de lo convencional, de lo falso, de lo embustero, de lo inmoral, de lo antipatriótico, de lo perverso, de lo infame, de lo cruel, de lo impío. Pero no hay derrotismo, ni nihilismo, ni acritud. Su charla sencilla, "claridosa", y su charla zumbona, no son —por fortuna— negativas, sino afirmativas. Rembao

cree en muchas cosas: en la patria, en su cristianismo, en el ser humano, en la amistad. Una de las cosas que más conmueven en su charla —tanto en la hablada como en la escrita— es el respeto por el corazón del prójimo, la estimación por su labor —pequeña o grande—, la solidaridad en sus penas, la satisfacción por sus alegrías, el entusiasmo por sus triunfos. Suma y multiplica, no resta ni divide. Contento con la tajada de dolores y alegrías que le tocó en suerte —creo que ha sufrido y ha gozado mucho, que ha vivido plenamente—, de bendiciones y dificultades, de logros y de estorbos de dentro y de fuera, no hay en su chanza ni reproches sarcásticos, ni alusiones crueles, ni golpes bajos, ni insinuaciones desleales, por desgracia tan frecuentes en la vida literaria. Quiere al ser humano y al amigo tan lealmente, tan permanentemente, tan tiernamente, tan naturalmente, que no puede atribuirse sólo a su cuidadoso ideario cristiano, sino a que en la tierra de sus amores nació ya hecho para el amor, bueno y recto de una pieza. Pero por supuesto que esta condición se ha completado al pasar de la vida con la vigilancia de una atención adicta a su decálogo.

El recuerdo de su maestro don Albino Mireles; el peso del cadáver de Pancho Portillo; la defensa del buen federal que fue el general Landa; la pintura de los hospitales en que Rembao, gran herido de la Revolución Mexicana, sufrió y vio sufrir, y vio morir al pobre Severo: todos son fragmentos de vida mexicana, de realidad por el tema y por la palabra, por el modelo y por el dibujo, enmarcados en una fuerte armazón de bondad.

No ha andado Rembao tanto como debiera por este camino literario o —quizá, a juzgar por la madurez de lo que dice— no ha publicado cuanto ha escrito. Ahí está el campo más propicio para sus cualidades de escritor. Esta capacidad es aún de mayor mérito que el que tienen en sí, porque Rembao ha vivido muy largos años en el extranjero. Sabemos nosotros cuánto entumece y detiene la falta de la tierra propia, el contacto de su suelo, el aliento cálido de nuestro pueblo, el codeo de sus calles, la hermosura de sus campos, su olor, su sabor, su amor. Es que Rembao lleva consigo, bullente, un surtidor mexicanísimo, muy de su Chihuahua, que no ha mermado en una sola gota.

III

Los amigos: Alberto Rembao

El doctor Alberto Rembao, escritor y profesor mexicano, de Chihuahua, de muy larga residencia en Nueva York, que no le ha quitado sino que ha acendrado su buena cepa nacional, es miembro del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia desde hace muchos años. Frecuentemente sustenta conferencias en esta Casa Hispánica, toma parte en las veladas que aquí se dedican a la reseña y crítica de nuevos libros, y en los homenajes que se rinden a los hispanos e hispanistas ilustres de todo el mundo, y en otras solemnidades. Estudiantes y maestros lo estimamos y lo queremos, entrañablemente, por sus muchos y altos méritos, por su misionera bondad y, además, por su extraordinaria simpatía personal. Es nuestro, es del Instituto, es de la Casa. Y nuestra es la suya, en el número 191 de Claremont Avenue, aledaños de Columbia University en donde a menudo nos reunimos, antes o después de las recepciones que el Instituto organiza en honor de los escritores españoles e hispanoamericanos que pasan por esta ciudad, y siempre que queremos disfrutar de la más auténtica y tradicional hospitalidad mexicana.

—No deje de ver a Alberto Rembao, director de la revista La Nueva Democracia. En él tendrá usted otro amigo, y excepcional, porque lo es de todos sus compatriotas, y de cuantos lo conocen, sean mexicanos o no, hospitalario y ayudador como hay pocos hombres sobre la tierra. Y usted, tabasqueño, y él, de Chihuahua, se entenderán a las mil maravillas...

No me sorprendió el pronóstico. La Colonia Roma de los últimos años de mi infancia y de los de mi adolescencia en la capital de México, fue sitio de un interesante experimento: allí coincidimos, de 1919 a 1928 en mi caso, y por más largo tiempo en otros, los hijos del Sureste —tabasqueños y campechanos en mayoría, y yucatecos y chiapanecos en menor número— con los norteños de Sonora y de Sinaloa. Desde la Calzada de la Piedad de entonces hasta las calles de Monterrey, y desde las de Colima hasta las de Querétaro —en éstas comenzaban los llanos de tantas correrías infantiles, los solares que separaban

del Panteón Francés y de la Colonia del Valle— sentaron sus reales familias procedentes de los dos extremos del país. La situación económica de unas y otras era diferente, y la actitud política era antagónica casi sin excepción, porque los del Noroeste eran adictos a los generales Obregón y Calles, y los del Sureste adversarios de los gobiernos de sus Estados; pero eso no impidió que el *Cine Royal*, en la esquina de Guanajuato y Mérida, fuera el sitio de reunión de los muchachos, ni que el *Centro del Sureste*, y luego el *Círculo Campechano*, así como el *Sonora-Sinaloa* de los grandes bailes, unieran en estrechas amistades a los viejos y en noviazgos y matrimonios a los jóvenes. La escisión delahuertista de 1923 y la serranista de 1927, lejos de entorpecer el trato y el entendimiento, los fortaleció, remezcolando a todos en grupos opuestos, pero ya de carácter nacional, que rebasaba los marcos pueblerinos. La pasión de la pelea y el dolor y el luto de la tragedia mexicana, de todo el país, los hicieron ya uno, los anudaron en una pieza. El liberalismo en las ideas, la franqueza en la palabra, el sello provinciano y la añoranza de tierras queridas y lejanas, fueron los comunes denominadores de quienes vivían enclavados en un mundo capitalino más virreinal y barroco. Y esa experiencia no paró allí para los estudiantes, sino que fue confirmada en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Jurisprudencia donde, por ejemplo, mi más íntimo amigo fue un sonorense de Sahuaripa, Octavio Rivera Soto, y en la polémica universitaria de la Confederación Nacional de Estudiantes, donde, casi siempre, hicimos causa común los tropicales con los estudiantes de Sonora y Sinaloa, y de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, hasta la fundación de cariños fraternales y lazos familiares para toda la vida.

Lo primero que hizo Rembao cuando nos encontramos aquí en Nueva York, fue invitarme a cenar a su casa; y lo primero que me dijo en la sobremesa, tras de la plática diversa que todo hijo de México despliega antes de llegar al grano:

—Con la beca de México no le alcanzará para vivir y estudiar. Si usted quiere, entretanto encuentra un buen empleo, puede venirse a vivir a mi casa, donde han vivido a gusto otros amigos. Es pequeño mi apartamento, pero cómodo: aquí lo ve ... Y buen empleo lo encontrará, lo encontraremos juntos, no le quepa duda: en Nueva York el que quiere trabajar, trabaja ...

De entonces parte la amistad, ya de casi veinte años, de los dos matrimonios, firme y constante, de cerca y de lejos, en toda clase de circunstancias. No nos cambiamos a su casa, pero en cierta forma hemos vivido en ella, con ellos, porque las visitas mensuales fueron haciéndose semanales y, en época de vacaciones suyas o nuestras, menudearon hasta llegar a ser diarias.

La casa de Alberto Rembao no merece menos alabanza que el hombre. En ella se aprende que el "está usted en su casa" y el "ésta es su casa" no son simples fórmulas mexicanas: su espíritu y su aire, su pan, sus libros y sus cosas, todo lo tangible y lo intangible, son, íntegramente, de sus huépedes. Se siente uno en ella, sin limitación alguna, como en la de los padres, como en la de los hijos, como en la de los hermanos: cuando se llega a Nueva York, es la primera a la que se va; cuando uno se marcha, es la última que se deja, hasta el último minuto; cuando está uno lejos —aun cuando se viva en la nuestra, en la propia y grande, en la tierna y encantada que es todo México, o en la de los amigos fraternales de Cuba y Venezuela— es la que todos los días se echa de menos; y cuando los Rembao son los que se van y nosotros los que nos quedamos, como ahora que él ejerce el profesorado por ocho meses en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, es por su casa cerrada que a toda hora sentimos una desazón y un vacío en el alma.

Don Quijote gastaba en comer las tres partes de su hacienda, dice Cervantes, o las tres cuartas partes, como diríamos hoy. ¿Cuánto los Rembao? ... Poquito menos que las cuatro cuartas partes; pero no en ellos, sino en agasajo de los demás. Ni lujo en muebles, ni en cortinajes, ni en vajillas; ni elegancia en ropas; ni acumulación en la cuenta de ahorros, o sacrificio en los seguros de vida, o inversión en propiedades y valores; ni dispendio en viajes, en paseos, en espectáculos; ni cuota para la sensualidad de la calle ... No hay la frivolidad de aparentar, ni la ambición de tener, ni el terror de envejecer en este matrimonio que ha encontrado la dicha de estar en comunión con cuantos necesitan consuelo, comprensión, estímulo, alegría y amor. Todos, desde los que disfrutan de la aureola del mando, del dinero o de la fama —el alto jerarca de la política, el atesorador de bienes materiales, el triunfador en la vida intelectual— hasta los que sufren persecusión de la justicia y de la injusticia, o difamación y calumnia,

o pobreza y hambre y frío, o miedo y angustia, o apetitos frustrados y ruines odios, o pasiones sectarias y remordimientos de conciencia, todos han recibido el bien, muchos sin darse cuenta, o dándosela a medias, o cabalmente, de estos ricos de verdad que son Julia y Alberto Rembao.

Él, chihuahuense, y ella, aragonesa crecida en la California norteamericana, mexicanizada por su matrimonio y remexicanizada por su larga estancia en Guadalajara y por las repetidas visitas a nuestra patria, saben lo que es gozar y servir, ser felices legítima y doblemente. No hay criados, porque no hacen falta, porque, en verdad, sobran. La cena se sirve a las siete, pero también a las diez, a las once, a medianoche, para los que vienen de vidas donde no se conoce el afán diario ni el reloj. No falta antes la buena *botana* de México ni la sabrosa *tapa* andaluza, sopes y garnachas o almejas y sardinas que llevan por el olfato y el gusto a los mundos añorados. El caldo gallego o la sopa de tortuga, las judías con chorizo o el caldo de frijoles negros, el bacalao al pilpil o el mole de Puebla, la paella valenciana o el coloradito de Oaxaca, los callos a la madrileña o el mondongo a la campechana, las sardinas gallegas o los camarones de Mazatlán, los chanquetes de Málaga o los charales de Patzcuaro, la pierna de cordero o el *palomilla* encebollado, el besugo o el pámpano y toda la gama del maravilloso injerto al lado del buen pan trigueño y de la blanca y la tostada tortilla de maíz... El gran conocedor de dulces virreinales que es el dueño de la casa, siempre olvidado de sí mismo por complacer a los demás, peca en alguna ocasión de gula patriótica cuando alguien le lleva la miel de los chongos zamoranos, en modesta reciprocidad a los manjares y pasteles y golosinas que fabrica la diestra mano de la esposa. Se conversa animadamente en la mesa, siempre en el fiel de una balanza de urbanidad que viene de siglos y cuya receta no se aprende en ningún manual; y tras del café y del pluscafé, se pasa a la sala contigua, donde toman vuelo las cordiales polémicas sobre cuanto hay de humano y de divino, de política y letras, de letras y filosofía, de filosofía y teología... Católicos, judíos, mahometanos, protestantes, ateos, jacobinos, materialistas y espiritualistas comparten la sal y la gracia de los Rembao. Nadie pone furia, ni maledicencia, ni esnobismo, ni propaganda, ni partido en la plática; y cuando alguien llega a ponerlas, se deshacen en el aire de la fraternidad. Lo que nos queda a todos, para

siempre, es la huella de haber estado con cristianos auténticos.

Y ya, cuando la noche se hace vieja, y algún ocupado, o algún formulista, o algún remilgoso, o algún cansado insinúa la partida, no sé cómo se las arreglan los anfitriones para alargar la hebra cortada, pues todos, hasta los que tienen que irse, se arrellanan nuevamente en sus asientos, y sigue la charla hasta la madrugada. De pronto aparecen nuevos antojos mexicanos, chirriantes, olorosos, y se empieza nuevo capítulo, con la pena de saber que tenemos que empeñarnos, contra nuestra voluntad, en que sea el epílogo. Jamás lo harán sentir los dueños de la casa, que son los únicos que han trabajado, y a quienes espera el trajín que tras de sí dejan los invitados y, al día siguiente, la mañanita fría, el *subway* de largas distancias, la oficina y la revista de los que ganan el pan con el sudor de su frente. Y si va a ser sábado, y aun si va a ser domingo, el artículo pendiente, el libro en marcha y las traducciones que redondean el presupuesto de quienes dan lo que tienen y lo que van a tener.

Así se opera en Nueva York, en la coincidencia de una rica fe moral con legendarias raíces de hospitalidad mexicana, la catarsis de la que se sale limpio del alma, y contento del cuerpo. Cada quien ha dicho, sin ambages, lo que ha querido; cada quien ha conversado, en grupo o en apartes, como le place, cada quien ha hecho de su capa un sayo ... Allí es donde los hombres más distantes se han puesto de acuerdo alguna vez, que es el camino para estarlo, mañana, en alguna otra, trascendental; allí donde se ha aprendido que no todo es malo en el llamado enemigo, en el creído odiador; allí donde han quedado eliminados por un rato, pero ya un poco para siempre, los escalones y las barreras de las jerarquías externas y superficiales. La bondad misionera descubre y saca a flote la de los demás hombres, a veces escondida en los más oscuros repliegues.

Nacido Alberto Rembao en la capital de Chihuahua en 1895 —en su libro *Chihuahua de mis amores* presenta fieles y agudas estampas de su infancia—, de familia rebelde a la dictadura del general Porfirio Díaz; estudiante del Instituto del Estado de 1910 a 1912; mutilado en el campo de batalla, siendo teniente, al despuntar su adolescencia, en 1913 —muchos de sus recuerdos están en su novela *Lupita*, publicada en inglés y en español—; estudiante otra vez, ahora en California y por su propio esfuerzo, después de vencer y apro-

vechar duras penalidades, en la Alhambra High School, en Pomona College y en la Universidad de Berkeley, de 1916 a 1924, y luego, ya entregado a su vocación religiosa, en la Pacific School of Religion de 1924 a 1927, cambió la costa occidental de los Estados Unidos por la oriental, para estudiar, de 1927 a 1928, en la Universidad de Yale, y para ejercer la enseñanza y el periodismo en los Estados del Este y en Nueva York. Aquí ha dirigido La Nueva Democracia, que recoge y distribuye voces hispanoamericanas de todos y por todos nuestros países, desde 1930 a la fecha; y desde aquí ha colaborado en la prensa norteamericana, en la hispana de los Estados Unidos y en toda Hispanoamérica. Mucho ha viajado por este país y por México —donde también ha ejercido el profesorado— y por Cuba, en donde ahora se encuentra; por España, Inglaterra, Francia e Italia, en 1932 y 1934; por el Brasil, la Argentina y el Uruguay, en 1945; por Chile, el Perú y el Ecuador, en 1946; y por Santo Domingo, en 1952. Mención especial merece su viaje a la India, en 1938 —donde fue huésped de Mahatma Ghandi, sobre quien ha escrito muy valiosas páginas— que le permitió conocer Asia y tocar otra vez, de paso, Europa...

Con la seguridad en la bondad humana, con el amor por su pueblo al que sirve y honra, Alberto Rembao nos ha hecho vivir a México, todos los días, sin pesimismos ni escepticismos mutiladores, en el aire universal de Nueva York.

Nota del Editor: "Alberto Rembao, mexicano de Nueva York", fue publicado en el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica el 20 de mayo de 1949.

"Un nuevo libro de Alberto Rembao", apareció en *El Nacional* de México el 15 de febrero de 1950.

"Los amigos: Alberto Rembao", se publicó en *Excelsior* de México el 20 de febrero de 1956.



Los Rembao con don Federico de Onís y señora

LOS FACTORES CULTURALES EN LA ACTUAL SITUACION DE LA OBRA EVANGELICA

Por ALBERTO REMBAO

El enunciado éste contiene una polaridad de Cultura y Cristo, valga por decir, la relación que haya al momento entre el Mundo (que es la Cultura) y el Evangelio (que es Cristo). O bien, la tensión entre Cultura y Evangelio. Para comenzar, las definiciones se imponen. Definir Evangelio aquí quedaría fuera de cuadro, porque estamos entre evangélicos, bajo el común denominador de Efesios 4:5, de "un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos ... ", de manera que cada quien sabe en quien ha creído y está seguro de su camino, como que *está en Cristo* y por lo tanto en Dios, que vale por tener parte en el Cielo, en el Orden de allende la terrenidad. Por lo demás, definir es ejercicio del raciocinio, incapaz de llegar a las profundidades sin fondo de la esencia del Evangelio revelador de la infinitud divina. La teología, en cuanto proceso meramente intelectual, cae a veces en pecado de osadía, al ponerse a definir lo indefinible. En cambio Cultura se puede, y se debe definir. Cultura es lo contrario de Natura. Natura es lo dado *ab eterno,* la tierra que Dios pone a disposición del hombre, como en el episodio de Génesis 1:26: para que señoree sobre toda bestia y todo pez ...

El hombre aparece entre Natura y Cultura. Cultura es lo que el hombre hace con la Natura que Dios le ha dado. Pero este hombre es, más que Natura, creación directa de Dios. Cultura en todo evento es *homofactura,* creación de hombre. Pero el dado, el material, es de origen divino. Además de estilo material de vida, toda cultura es asimismo orden de espíritu. Para ser castiza, la cultura tiene que ser religiosa; es decir, acción humana coordinada con la voluntad del Dios rector de la existencia y la vida. La cultura de cepa se exprime en experiencia de humildad; que es promoción sujeta a visto bueno Dios mediante. De otra suerte, si se torna autónoma pierde su legitimidad por usurpadora de los títulos de Dios.

Cristo es Dios en el mundo, vale decir, en medio de la cultura. Cristo aquí quiere decir Jesucristo: Dios a la mano, Dios al alcance de todos. Cristo éste que es Hijo de Dios y en cuanto tal, Dios de

Dios, Dios aparte y afuera de la cultura: Dios que irrumpe *ab extra* en disparo de amor sin igual, que se exprime en lo de Juan 3:16 "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda mas tenga vida eterna". Cristo cuyo reino, empero, no es de este mundo (Juan 18:36) ... Cristo que sintetiza lo eterno que hay en el espíritu humano, por contraste con lo meramente humano (carnal) que es fruto de la cultura aun en el nivel más alto de la misma. Cultura es realización de *homo sapiens* que, aun en sus mejores manifestaciones, es cosa de "este mundo", aparte de lo divino que le es extraño, excepto por vía de la revelación que en carne se concreta, en Hombre de la historia como Nuestro Señor y Salvador.

Estamos en que el espíritu humano, en cuanto meramente culto, es algo limitado en todo evento por la historia, y por la geografía, y por el pecado. Aquí se predica la otridad de Dios, que vale por su *santidad, misteriosa, tremenda, ominosa,* a la manera de Rodulfo Otto. Otridad ésta que, claro está, se trasciende entre evangélicos a golpes de gracia y por medios de epifanía. Es lo que se involucra y envuelve en el misterio de la Encarnación del Divino Verbo, que es ciencia del *cenoteísmo* paulino de Filipenses 2:7, de un Dios que se vacía de su divina esencia, y desciende al mundo de la carne y la cultura, y las ilumina de divinidad con su presencia: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad ..." (Juan 1:14). Con todo, el reverso de esta medalla, fulge tanto como el anverso, para ir con Karl Adam de Tubinga: que "la verdad central de la doctrina cristiana de la Encarnación reside no tanto en creer en la divinidad de un Hombre cuanto en afirmar la auténtica, verdadera y plena humanidad de Dios ..."

El expediente histórico da fe de que toda cultura grande se enraíza y cimenta en una religión. La cultura en sus formas de artes y ciencias siempre ha brotado de un altar. La religión es en efecto la piedra del ángulo, la clave del arco, de toda cultura y por ende de toda civilización. Dondequiera la religión se desmendra, la cultura se desmorona. El desmoronamiento de la cultura es fenómeno de orden interno. Las culturas perecen a manos de enemigos internos, que no de fuerzas de afuera. La cultura de Occidente, ésta nuestra de hoy con hoy, no está

bajo peligro del comunismo, excepto en cuanto el comunismo funcione en forma de religión, con potencia espiritual suficiente para hacer discípulos en todos los climas y en todos los mares. La cultura contemporánea se desintegra por que se le han secado las raíces religiosas que le dieran vida y que le dieran ser. La ausencia de la religión se hace evidente en momentos como el que ahora corre en que la cultura se ve desplazada por la civilización: en que la civilización ocupa los altares de la religión, en que los vocablos progreso, evolución, soberanía y aun democracia se envuelven en mantos de divinidad de similor, en que los conceptos adquieren categoría de ídolos primero y de dioses luego después. Ya aquí, urge distinguir entre Cultura y Civilización...

Con Reinhold Niebuhr, la civilización se hacía de cuerpo de la cultura, y la cultura, de espíritu de la civilización. Nos diría el teólogo de Morningside Heights que: "La civilización significa la suma de arreglos y mecanismos políticos, económicos y sociales con que se ordena la vida en sociedad. La cultura significa la suma de ideas y supuestos filosóficos, estéticos y religiosos que le dan forma a la organización política y que a la vez surgen de ella"... Y a las definiciones les añade comentario como éste: "Idealmente una cultura adecuada nunca se vería en peligro con el vuelco de una civilización; porque cultura tal sería interpretación del sentido de la vida y de la historia, en cuya interpretación quedarían incluídos en calidad de inevitables los vuelcos periódicos de la civilización, tomándolos por lecciones a aprender para el logro de una civilización mejor. En la práctica esto nunca ocurre así, porque toda cultura tiende a apropiarse ciertas ideas y conceptos que son productos e ilusiones características de su propia civilización, y a convertir esas ideas y conceptos en sistema de "verdades eternas", y a imaginarse que sin ellas la vida perdería su sentido..." *(A Faith for History's Greatest Crisis)*. Vale por decir que en vuelcos semejantes de la historia la cultura se deja sofocar por su propia creación que es la civilización, a saber, el Estado, y aun llega a tornarse barbarismo, en tiempo de guerra. De donde que, aunque parezca increíble, la civilización es en todo momento enemigo potencial, maguer inconsciente, de la cultura, dondequiera la civilización se identifica con el Estado. Cuando la cultura —ahora en cuanto adorno de literatura, filosofía y bellas artes— depende exclusivamente de un Ministerio del ramo, ya está en poder de la civilización, ya se tiene una

cultura "civilizada" para mal. La cultura suma de contenido religioso es *a-nacional*: aliento por encima de todas las diferencias.

La cultura es la base espiritual de la civilización; cultura es cosa del espíritu y civilización cosa de la materia. La civilización sería la máquina, valga decir; y la cultura, la gasolina que la hace "auto", es decir, automóvil, autónomo, independiente. Estamos así con una civilización dependiente de una cultura que a su vez se funda en religión, a saber, en Dios. Todavía vale el apotegma de E. Galloway, de que "la cultura humana *no* es el cimiento fundamental y último, ni tampoco la medida o metro, del valor espiritual. Las formas de cultura fomentan el crecimiento y corroboran la plenitud de la vida espiritual del individuo; pero es la religión la que le aporta a esa vida su fin, su sentido, su destino..." *(A philosophy of Religion...).* A esta altura se advierte por comparación la manquedad del raciovitalismo orteguiano, en cuyo postulado de "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo" se tiene una vista angular, incompleta del problema sempiterno de natura contra cultura, de mundo frente a hombre, sin Dios en ambos casos. Con la sentencia el "Yo" es cultura y la "circunstancia" natura. Por el contrario, cabría aducir el testimonio del contemporáneo André Malraux, al efecto de que "no hay civilización grande que no sea religiosa, o al menos que no esté animada por el sentimiento de lo sagrado, y por la profunda inquietud de vincular lo ínfimo y lo efímero con lo cósmico y lo eterno".

Civilización y cultura de esta especie son raigales, expresiones religiosas, de divinidad divulgada. El nexo entre cultura y religión resalta en etimología, ya que cultura es lo del *cultus,* que vale por el culto de Dios (o de algún dios). La civilización se *descultura,* pierde su sentido religioso, cuando le pone el acento a las cosas del foro y el mercado para detrimento de las del altar. Otra vez con la etimología, civilización es lo de la *Cives,* que es la Ciudad, el Estado: la ciudad del hombre que señorea sobre la ciudad de Dios. Todo esto, pues, es lo que se lee entre líneas del tema de arriba: "Los factores culturales en la actual situación de la obra evangélica", a saber, la influencia que la cultura del lugar tenga sobre el Evangelio predicado ahí. Aquí la acentuación del factor cultural predica *desde ya,* una contradicción de fondo y sirve de punto pertinente para entrar en detalle funda-

mental.

El problema de los factores culturales de cualquiera situación de los próximos mil años es el mismo encontrado en las situaciones de los 1930 anteriores, hasta el día de hoy. La respuesta se tiene en el lugar conocido, de Juan XVI:33: "Mas confiad, yo he vencido al mundo..." Nada más, ni nada menos. Con ello se descarta de una vez para siempre toda suerte de tesis científica: monsergas de pedagogía, agricultura, medicina, educación, alfabetismo, auxilios técnicos, lingüística comparada, semiología, análisis crítico de antigüedades, ángulos antropológicos y demás aparatos de la erudición contemporánea. El punto a recalcar aquí es la primacía de un Evangelio que en última instancia se identifica con Cristo mismo. Estamos con el fenómeno polidimensional de la trasmutación de las substancias, por gracia y acción del Espíritu Santo. Estamos con el milagro de la santificación del mensajero, al grado de convertirse en personero de Cristo, con poderes de plenipotenciario en lo tocante a salvar almas, que vale por traer paganos a los pies del Salvador. Esto es lo que significa predicar el Evangelio y esto lo que se envuelve en la definición de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, dondequiera los cristianos le sirvan al Señor de pies y de manos y de ejemplo cotidiano. Claro que el Mensaje lo entrega el mensajero en su calidad de antropólogo, y de educador, y de médico enfermero, y de experto agrícola... pero todas estas vocaciones no deberán ser más que pretextos de predicación.

Aquí se entromete el concepto del *Servir en Cristo,* con su texto tan citado de que "el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino que para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (como dice en Mateo 20:28). Claro que el servir está bien, muy bien. Y claro que el sitio de San Mateo vale principalmente por la segunda sentencia que no aparece en la divisa del "Non ministrari sed ministrare": que Dios baja al mundo a dar la vida en rescate por muchos, con lo que se exprime y explana el sentido cósmico de la Crucifixión. Es como decir, la esencia de rescate que emana de la Cruz y que afecta a justos por igual, como la luz del sol que brilla sobre buenos y malos en seña del amor perdonador. Hay en el mundo de la filantropía contemporánea el servidor que sirve por servir y que con ello cumple y es digno del "bien está bueno siervo y fiel". Lo que es más, es servidor que cumple así también con el comando de testimonio de Actos 1:8, porque

dondequiera que se da de comer a un hambriento, o se visita a un cautivo, ahí se está dando fe del santo amor de Cristo.

Con todo, y por lo que hace al autor de estas líneas, la predicación es lo primero: es el grito de los de la Iglesia primitiva el que trae los descarriados al redil. Este grito, esta proclama, este Evangelio, es nada menos que la fuente viva sustentadora de la cultura... Las grandes realizaciones de la especie en lo que toca a las ciencias del espíritu se han logrado a base de Espíritu Santo. Toda cultura de casta es promoción de espíritu. Y Dios es Espíritu, Espíritu Santo carismático consagrador de toda buena obra y de todo don perfecto. Con lo que se llega a conclusión como ésta: que sin religión no hay cultura; y que toda cultura laica, amorfa, neutra, civilizada, es forma corrosiva del hombre y la sociedad. Por tanto la cultura se ha de ajustar al Evangelio, y no el Evangelio a la cultura. Es a saber, que "la política, la sociología, la pedagogía, las ciencias de la economía, las incontables formas de cultura que integran los cuadros de la ciudad terrena, en fin, los planos todos del ser y del quehacer humanos, deberán entramarse en el espacio de la Cruz y encauzarse sobre la órbita de la fe. El mundo entero está llamado a reintegrarse y recapitularse en Cristo. Cristo todo lo ha de colmar y vivificar: altura, profundidad, longitud, anchura, las cuatro dimensiones de la plenitud..." (Héctor J. Valla).

Volviendo a la recta del tema, Cultura vale por Mundo. El mundo es bueno, y también la cultura, cuando menos por su origen divino y a pesar de la ley de inercia que tiende a echar a perder la buena obra de Dios aquí en la tierra. "La ley de inercia" se pone para indicar lo mismo que de antes valía por el Diablo y el Espíritu maligno mencionado a consciencia en el *Padrenuestro*: "mas líbranos del Mal", cuya entelequia nefanda se personifica en el Satán viperino que se le apareció en el muro al doctor Martín Lutero. Pero en la tesis ésta se va uno por el texto del Génesis (1:31) donde dice: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he ahí que era bueno, en gran manera..." La posición ésta es de un dualismo amable que se aferra al concepto de la gracia sin con ello negar la presencia del pecado original, es a saber, la función histórica, cultural valga decir, de la Serpiente Antigua de todos vosotros conocida. Mundo bueno, cultura buena, pese a Satanás, con el ritornelo del capítulo primero del Génesis: *Ua yar Elohim ki tob*: que vio Dios que era bueno todo lo que acababa de

hacer: el mundo de natura y el mundo de humanía: la luz, y el cielo plagado de estrellas, y la tierra apartada con sus bestias y sus verdores, y la mar con sus anchas olas y sus peces de todos colores, inclusive Leviatán... y el hombre nuestro bisabuelo Adán, "poco menor que los ángeles, lleno de gloria y de lustre". De suerte y modo que ya desde el principio el dato bicorne de natura y cultura se convierte en problema de matemática suma, de triangulación de la existencia en forma de tríada del ser existencialmente concebido: (1) Dios como autor, (2) el Mundo como escenario y (3) el hombre como personaje del drama que se va a desarrollar a lo largo de edades sin cuento.

El mundo y la cultura están ahí, y ahí el hombre para transformarlos: para levantar al ser del plano de la vida bruta al plano del espíritu. La cultura es como puente de enlace entre la tierra y el cielo, entre lo que es de este mundo y lo que es del "otro mundo", es decir, del orden de lo espiritual, para que en la historia coincidan lo del aquí y el ahora con lo de allende y mañana. A fines de este segundo milenio de nuestra salud estamos en medio de la cultura que en civilizaciones varias y diversas se atomiza y extravía. El "estamos" se refiere a nosotros los cristianos, a todos los redimidos y salvados por él, a los de la santa compañía, a los que a la manera de los del tiempo de Diogneto, mantenemos, pese al pecado, al mundo en equilibrio de santidad. Aquí vale subrayar: que *el Evangelio no es cultura,* a la usanza de las corrientes, y que *la religión es cosa aparte y diferente de todas y cada una de las realizaciones del espíritu humano.* Es a saber, que la religión es realización del Espíritu Santo y que se impone descartar y rechazar la tesis de la filosofía sociológica que se explana y predica en las universidades y aún en los seminarios de nuestra cautividad, al efecto de que la religión no es más que cara, o aspecto, de la cultura humana; que la religión es factura hecha de mente de hombre, si bien se le reconoce importantísima función social. (Así, por ejemplo, el empinado John Herman Randall Jr. en su *The Role of Knowledge in Western Religion.*)

El Evangelio es don de allende la cultura. El Evangelio éste nuestro, humilde que predican y esparcen por todo el ámbito hispánico, en los villorrios tropicales y en las altas serranías nuestros pastores diz que "mal preparados" —porque no saben ni griego ni latín— ese Evangelio, es don de otro mundo, nutricio de la cultura y destinado a redi-

midarla. Aquí cabe quitarse el sombrero y rendir honor a quien honor merece: a los de la santa infantería, a los que están por allá en sitios desconocidos, alimentando el fuego del altar, porque estamos en que este congreso consta de los "bien preparados", de los que hemos pasado por los seminarios y las universidades —aunque seminario y universidad no haya pasado por nosotros— en suma, de los *líderes* sabidores de todas las ciencias y todas las técnicas de la buena Ecumenía. De todo buen cristiano evangélico protestante va prorrumpir en retonante ¡Viva la Ecumenía! Que viva, sí, porque es causa noble esta de *re-unir* a los cristianos, para que la Iglesia ostensible, *in mundo,* sea en efecto *una.* Ya luego después el esfuerzo y el anhelo se habrán de tender a hacerla de igual suerte, *santa.* Pero quien prorrumpa en semejante ¡Viva! que tenga presente que una cosa es *re-unir* cristianos y otra —mucho más ardua— *hacer* cristianos, vale por decir, traer cautivos nuevos al humilladero de la conversión. Aquí estamos citando de memoria al maestro Juan A. Mackay: que el punto geométrico de la Ecumenía de cepa no está ni en los conciliábulos de los eclesiastas, ni en los congresos como éste que ahora dedicamos a la gloria máxima de Cristo Nuestro Señor. No, que el punto geométrico de la Ecumenía está en la frontera de la cristiandad, en la línea que separa a los que ya estamos en Cristo de los que todavía no lo están . . . ¿Estamos?

LA CULTURA HISPANICA

Estamos los evangélicos de habla española imbricados en la cultura hispánica. En cuanto hispano-hablantes *somos* la cultura hispánica. Claro que somos americanos por la geografía; pero la *hispanicidad* es valía *transespacial,* sin fronteras políticas ni demarcaciones étnicas. El idioma es el criterio de clasificación. "La lengua es la sangre espiritual de una raza . . . " El lenguaje sobrepasa los límites de la gramática; en cuanto medio de comunicación es vehículo de cultura. Vehículo de cultura quiere decir lo que trasmite y traslada los imponderables de la Costumbre y el Derecho, del Arte y la Religión. En situación del lenguaje castellano se limpia la pizarra de la diferenciación étnica, máxime que cuando España llega con Rodrigo de Triana a las Antillas llega ya miscegenada, morena de una morería de ocho centurias. Se quiere decir que lo español castizo es un algo que en lo humano no cuaja hasta cerrar el primer milenio de nuestra era; que lo español

se forja en la fragua esa tan *sui generis* de la convivencia en guerra de cristianos y musulmanes, con los hebreos de agente catalítico en ambos bandos de la pelea. Américo Castro en su *España en su historia: cristianos, moros y judíos* elabora una sociología española a base de premisas de vivencia vital, donde vital atañe al sentir del ser humano ante su medio, ante su alma y ante su Dios.

El pueblo español, según Castro, es un pueblo "endiosado". Lo que con Spinoza fuera monopolio exclusivo del privilegiado que se embriaga de Dios, con el común del pueblo español será lugar común y asunto del vivir cotidiano, porque en España el hijo de vecino puede asimismo ser "hijo de algo"; porque en la vida hispánica Dios es una realidad actual y presente, porque en España tierra y cielo coinciden y aún conviven en cierta manera, en cuanto ahí la gente *vive desviviéndose.* Es que el español medio es ente "curado de espanto" . . . y Teresa de Ávila "que muere porque no muere" . . . El vivir desviviéndose ocurre solamente entre españoles. El fenómeno de lo español es aquí forma de *teobiosis.* Con este neologismo de su forja el ilustre contemporáneo modifica la noción antigua y aceptada de la teocracia de los endiosados Austrias, Carlos V y Felipe II. En ultimidad, donde hay *teobiosis* no puede haber teocracia, porque teobiosis es vida de Dios, con Dios al lado y alrededor: vida anegada de divinidad. Es que el pueblo español, según Castro, es pueblo picado de eternidad.

Todas estas idiosincracias castellanas las llevamos así también los españoles de ultramar, los cisatlánticos de los veinte pueblos salidos del rinconcillo montañés aquel que hacia el 940 de Nuestro Señor daba sus señas en el Romancero con lo de "Amaya la cabecera y Montes de Oca el mojón . . . " Todo ello lo llevamos en esa sangre espiritual de la raza que es el idioma, como que aquí ya andamos en plan alto de espiritualidad, superado ya el mito de las razas con sus segregaciones y sus distingos y sus "purezas de sangre". Y, lo que en general vale por capítulo del Imperio del idioma, monta todavía más en lo particular de este puñado de millones de evangélicos de habla castellana que domingo a domingo atronamos el aire desde Nueva York y el Alta California hasta San Pedro de Bariloche al borde la Pampa austral, con el "Castillo fuerte es nuestro Dios" de Martín Lutero o con el "Firmes y adelante" de nuestra gesta misionera.

Es que el protestantismo contemporáneo como dispensación última

de buena religión, ese protestantismo —cultura de Occidente y creador de la fórmula democrática de gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo— es forma religiosa más española aún que anglosajona. Se quiere decir que las raíces hispánicas de la cultura evangélica calan más hondo en la historia quizás que las alemanas; porque ha sabido siempre, si bien *sub rosa,* una España evangélica al modo nuestro protestante que se exprime para comenzar aún desde antes de que hubiera España. Osio, obispo de Córdoba, preside nada menos que el Concilio de Nicea de 325. ¿Y qué diremos de Prisciliano de Ávila quien ya bien entrado el siglo IV hace el primer análisis exegético del Nuevo Testamento de que se sabe en la historia de la Iglesia en términos del libre examen e interpretación del texto? Y en 589 es el Concilio de Toledo el que enmienda la declaración nicena tocante a la *procesión del Espíritu Santo,* para agregarle que procede *también del Hijo (Filioque),* cláusula ésta que es como columna vertebral de alta teología hasta el día de hoy.

A mediados de siglo de oro las ideas de Erasmo y de Lutero cruzan los Pirineos y los postulados de la justificación por la fe se infiltran y aún refulgen en los sermones y las lecciones de teólogos de la altura de Bartolomé Carranza, obispo de Toledo y primado de España, quien en su comentario del Catecismo declara que "la fe sin obras es cosa muerta no ya porque las obras le den vida a la fe sino porque éstas son seña segura de que la fe está viva". Carranza, que es sentenciado por el Santo Oficio, "por sospechas vehementes de herejía nutrida con la leche de la mala doctrina de Lutero, Melanchton y y Ecolampadio. Por lo demás, todos los prisioneros de la Inquisición en Valladolid, en Sevilla y en Toledo son personas de calidad, gente de autoridad, mérito y respeto . . . " "Y su número era tal que de haber habido una demora de dos o tres meses en ponerle coto al mal, de seguro que toda España se habría visto por ellas inflamada". Eran eruditos y eclesiásticos de la altura del doctor Constantino Ponce de la Fuente, confesor otrora de Carlos Quinto, y don Agustín Cazalla, y don Carlos de Seso, para no mencionar la conversión al Evangelio del convento entero de los jerónimos de San Isidro del Campo, afuerita de Sevilla. La Reforma se sofocó ahí con la prisión de más de ochocientos creyentes y los autos de fe ya mencionados, y la huída al destierro de nuestros Francisco de Enzinas, y Casiodoro de Reina, y Cipriano de Valera.

Estamos pues, en que en estos pagos tiene el Evangelio de Jesucristo la mejor cultura posible: que el alma española aquí en América sigue siendo la misma inundada de cielo de los místicos y los reformadores. Aquí cabe acentuar la religiosidad de la psique hispana. Nuestra gente —y estamos en que la lengua es la sangre y la sangre es la vida de un pueblo, y que quien en español habla es español— es gente culta de cultura celestial, valga decir, de cultura que se exprime ciertamente en lengua de ángeles: lengua que se dijera inventada *ad hoc* para predicar las riquezas del amor de Dios. De donde que, con el auxilio del Espíritu Santo, pueda esta gente de Cristo de 1961 emplear la cultura propia como instrumento de difusión del Evangelio.

La cultura de instrumento del Evangelio es concepto muy otro que el reclamado por ahí en tesitura de modernidad, por los que hablan de ajustar el Mensaje a las nuevas condiciones, y a las diferentes culturas. El tema es de recalcarse: que *el Evangelio no es flexible,* que el Cristo es el mismo, que la fórmula de redención vale con igual validez ahora que cuando fue iniciada. Todavía tiene vigencia el imperativo de Remigio de Lutecia ante el franco Clodoveo: "Dobla la cerviz, merovingio altivo, dobla la cerviz; quema lo que has adorado, adora lo que has quemado . . . " En otras palabras: *Aut Christus aut nullus.* El comando, la orden de marcha, el imperativo categórico de la Iglesia ante el Mundo, es el mismo; es orden de *reducir la cultura al reino de Cristo,* a la usanza antigua, "para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor . . . " (Filipenses 2:10-11). Esta es la función del Evangelio ante toda cultura. He aquí el misterio y el milagro de la predicación vencedora de la cultura; porque la predicación es superior a la cultura, siempre y cuando que el predicador vaya en Cristo, es decir, *endiosado* en el sentido del creador de iglesias que lleva ya en las entrañas una iglesia en embrión, la suma de los que va a convertir con el favor de Dios.

Estamos aquí con una relación de cultura con iglesia y con Cristo. La iglesia en cuanto promoción histórica es asunto de cultura en trance de elevación, camino del cielo, para que la ciudad del hombre se convierta en ciudad de Dios. La iglesia es orden de cultura, pero el Evangelio es en última instancia Cristo mismo. Esto es lo que se encierra en el concepto de la iglesia como cuerpo de Cristo. Cuerpo es vaso, vehículo, continente del Espíritu. Iglesia es la forma donde Cristo

es la esencia. Y entre Iglesia y Cristo, el Evangelio... y los evangelistas. Sin evangelistas, el Evangelio se esfuma. Aquí manda el apotegma incontrastable de la Encarnación cósmica, transhistórica, constante y perpetua; que a Cristo mismo le es menester encarnar otra vez y otra vez en el cuerpo y alma de todo militante que procura con diligencia presentarse a Dios aprobado obrero que no tiene de qué avergonzarse porque distribuye eficazmente el Evangelio de verdad. Dondequiera el Evangelio se distribuye, ahí la cultura se autotrasciende porque se impregna de vida eterna, de elemento divino, que es cuando la voluntad de Dios se hace en la tierra como en el cielo.

De tal suerte, se termina aquí donde se debiera haber comenzado, con lo que se envuelva en eso de "la obra evangélica". El ponente bien sabe que bajo tal epígrafe caben todas las actividades del Cuerpo de Cristo, por medio de sus Iglesias y Denominaciones, que se tienen y mantienen en estos territorios bajo el signo de la Cruz: santuarios, colegios, seminarios, hospitales, servicios filantrópicos, granjas y talleres, residencias de estudiantes, publicaciones de libros y revistas, campañas de alfabetización —todo ello es ciertamente "obra evangélica", pero todo ello se ha de hacer como esfuerzo de doble acción: que la educación de las masas es buena, pero no sólo por sí misma sino que como medio de salvación de almas. Al analfabeto se le enseña a leer para que lea la Biblia y al hambriento se le da de comer para que mejor pueda escuchar el mensaje de salvación. Aquí se subraya *salvación de almas,* porque ése es el oficio de la iglesia en cuanto portadora de la Buena Nueva. Y se usa el vocablo a ciencia cierta de *psicosomatía,* sabedores de que el estómago también tiene sus fueros y de que el Evangelio es asimismo mensaje de justeza social, de quien "hizo valentía con su brazo y esparció a los soberbios, y quitó a los poderosos de sus tronos, y levantó a los humildes, y a los hambrientos hinchó de bienes, y a los ricos envió vacíos..." (Lucas 1:51-53). De suerte que salvación del alma lleva consigo la salvación del cuerpo en cuestión, con lo que se justifica y ensancha la bondad de dicha obra. Pero, en todo evento, la función del Evangelio es de trastorno, de alteración de la cultura —aun cuando se trate de la mejor posible— para quitarle las excrecencias de la civilización y también para llenarla de espíritu, es decir, de Espíritu Santo, lo que vale por divinizarla, por ponerla *en forma* de Cristo, que vale por forma de Dios.

IDEARIUM

De Dios

Equivocamos el hablar de Dios porque en nuestra ignorancia resolvemos categorías... Confundimos al Dios de la filosofía con el Dios de la religión. El Dios de la filosofía es más fácil de concebir y de manejar: es el Dios de la vía fácil. Con él nos hacemos la ilusión de llegar, en excursión de turismo curioso y romántico, al mero borde de la eternidad, para ver qué hay ahí dentro... Como el científico del siglo pasado que se hizo su escalerota monumental que llegó hasta el cielo y le permitió ver que estaba lleno de muñecos —mitos y supersticiones— insignificantes... Y diz que los comenzó a arrojar a tierra en medio de los aleluyas de triunfo de una humanidad libertada. Y diz que cuando cayó el último muñeco, uno de la plebe le gritó de abajo: "¿Y qué más hay?" Y que el científico le contestó: "Nada más". Y diz que entonces la humanidad se sintió peor que antes: sin muñecos y sin nada.

De la Salvación

Nadie puede ser libre en plenitud con esclavos en redor. La santidad desmerece en un mundo de pecado. "Yo salvador", ahora a la protestante evangélica, quiere decir yo personero del Salvador por antonomasia. Es decir, salvador en cuanto apoderado del Señor de los Señores. Así tiene que ser, porque a la presente Cristo salva por interpósita persona. De tal suerte, yo pecador, resulto agente extraordinario, ministro plenipotenciario de Jesucristo, Hijo de Dios por medio de su Espíritu Santo. Yo que en esta obra de salvación obro sin obrar, valga decir, como autómata y poseso: porque ya no vivo yo, sino que Cristo viven en mí... Yo, poseído del Espíritu Santo.

De la grandeza de los pueblos

La grandeza de los pueblos se hace con la de sus individuos en dimensión del número de los resueltos a sobresalir, no en el campo de hazañas extraordinarias, ni en circunstancias especiales, sino en el hábito de la vida personal.

De la Biblia

Sin Biblia no hay Iglesia, porque la Biblia gráfica —por medio de su línea aparente y por virtud de su entrelínea sacramental— es la Carta-patente, la Constitución, la Ley Suma de la Iglesia: a saber, su Regla de fe y vida, tanto en lo individual como en lo colectivo. La Biblia, del mismo tenor, es el tribunal supremo, la Corte de Apelación última por cuya función substantivada por el Espíritu Santo se resuelven todos los problemas que a la Comunidad de Cristo se le presentan en su marcha a través de los tiempos.

En cuanto Constitución y Carta fundamental, la Palabra de Dios es la suma de materia dogmática que le sirve de espina dorsal al cristianismo en cuanto religión bíblica. Lo bíblico es lo que distingue al cristianismo de las demás religiones. Religión bíblica es creencia con una idea central, con un motivo conductor fuera de género, a saber: que el proceso de la historia es como espejo que refleja un designio divino —donde diseño y designio se tornan uno—; en tal caso, valdrá decir que la historia no es concatenación arbitraria de casualidades, porque es historia dirigida: historia que se dirige hacia un fin determinado de antemano; historia que se dirige así porque va dirigida allá nada menos que por Dios... Es decir, que tenemos historia semejante a la nao capitana de Vasco de Gama que surca las tormentas del Cabo con la Especiería en lontananza, y con Dios de Piloto. Así la Palabra de Dios, la Sagrada Escritura, la Biblia de nuestros abuelos del Renacimiento y la Reforma, la Biblia de nuestros colportores contemporáneos, esa Biblia, es la suma de valores substantivos en lo que hace a creencia y en lo que corresponde a práctica: que será la columna incontrastable de la comunidad cristiana... por Biblia, por Palabra de Dios, por Verbo de Dios, por Cristo Jesús mismo incorporado en su Iglesia, aún ahora como de ayer, y como de todas las mañanas por cuajar todavía...

Del Evangelio

El Evangelio... después de la Resurrección y los cuarenta días, es el grito de guerra que la Iglesia en embrión le avienta a la paganía. Es proclama de amor que en *Juan Tres dieciséis* se sublima. Es la procla-

ma de la primera generación, de la Iglesia primordial, de la élite escogida (Juan 15:16), de los que estuvieron "en Cristo" desde el Aposento Alto y las primeras predicaciones.

La proclama prístina salió de laicos ayunos de toda teología —Pablo y Apolos serían excepciones—. El Evangelio fue así credo sencillo, concreto y conciso: a saber: que "este Jesús que vosotros crucificásteis Dios y ha hecho Señor y Cristo..." (Hechos 2:36); y que ha resucitado, y que está sentado a la diestra de Dios Padre, y que habrá de volver nueva vez.

El Evangelio se mantiene eterno por el hálito de su contenido que lo distingue de todas las proclamas y todas filosofías. El Evangelio es categoría de allende la matemática y por encima de la ontología. Por eso se mantiene siempre vivo y siempre mozo; porque tiene que ver con el mundo de la vida, con el *Lebenswelt* de la nueva filosofía que Ortega y Gasset contemplara por espejo oscuramente en su doctrina del raciovitalismo.

El Evangelio es ... llamado a la decisión de corazonada quinceañera hecha en tiempo de una sola pieza en que lo porvenir nos jala junto con nuestras acciones de lo presente y nuestras experiencias del ayer. Con ello el cristiano evangélico alcanza categoría de persona señora del tiempo, y del espacio, y de la eternidad según está escrito, que "todo es vuestro..." provisto que sea uno de Dios... en Cristo y en su Espíritu Santo.

De su pasión misionera

El Espíritu (Santo) es el ingrediente *sine qua non* del procedimiento salvador. Predicar es salvar. Prédica significa comunicación. La comunicación del Mensaje va más allá de su técnica vocal; es más que el grito sacrosanto; es el pálpito existencial del "Venid a mí los cansados y trabajados, que yo os haré descansar".

De donde que a mí, creyente y salvado, se me haya puesto también —¡oh milagro de gracia plena!— en este mi mundo mexicano, espacio de los setenta años de mi vida, para que en la medida de mis fuerzas salve un tanto cuanto de la tierra que me vio nacer y un algo de la

gente que proviene de Juárez y Morelos, de Hidalgo y Cuahtemoc... Siquiera sea uno... Donde cada salvado se torna salvador a la usanza de Cristo Redentor, con traer siquiera un alma a los pies de su Señor, a uno por cabeza tan sólo, se duplicaría, así no más, el número de la familia. Así el millón de los que cantamos "Yo quiero trabajar por el Señor" se tornaría dos, y en seguida cuatro y ocho millones, "hasta que toda rodilla se doble y todo labio confiese que Jesucristo es el Señor", del uno al otro extremo del suelo nacional.

Se trata, pues, de traer mexicanos a los pies de Cristo, uno por uno. Esta es la salvación vertical de abajo para arriba. La otra, social, de la reforma de las instituciones y las ordenanzas cuajará de por sí, en proporción del número de mexicanos redimidos y salvados, provisto que el Espíritu se concrete en santidad, cuando haya en cada de nosotros el mismo Espíritu que hubo en Cristo... De tal suerte, el mundo (mexicano) es mi parroquia, y mi campo misionero está a la vuelta de mi esquina, que no por allá en Bolivias ni Indochinas.

De la Fe y lo Eterno

En términos de fe, lo eterno deja de ser "cosa de otro mundo" y se torna cotidiana y al alcance de todo aquel que cree. La eternidad irrumpe en el tiempo —año 1 de nuestra salud— y en el espacio —Belén de Judea— y se hace manifiesta en carne, y habita entre nosotros "llena de gracia y de verdad" como en Juan 1:14. Lo eterno así reside en lo histórico actual por obra y gracia del Espíritu Santo cuyo carisma convierte a los pecadores en santos, y a la tierra en morada celestial.

De la Democracia

Ahora, en Gettysburg democracia quiere decir "Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". En teoría, la promoción no tiene vuelta de hoja. El asunto se ventila en elecciones en las que toda la población vota, para bien o para mal. Aquí el detalle triste: que no se sigue que el pueblo vote siempre para bien; en veces lo hace para mal y aún llega

a suprimir las elecciones, prefiriendo los plebiscitos y las aclamaciones del cabecilla vencedor en turno...

Así, al momento, "democracia" bien puede significar capitalismo opresor, o dictadura de la burguesía, o colonialismo impío del General De Gaulle que no se sale de Bizerta como debiera. Quince años atrás, los rusos soviéticos se dieron a hablar de sus nuevas democracias —en Polonia, y Bohemia, y la Hungría— donde el plebiscito dirigido funge y los de la oposición son cuerda de traidores...

Con efecto, el proletariado de los países industriales disfruta al momento de las comodidaes y aún de los lujos que hace cincuenta años fueran privilegios exclusivos de las clases acomodadas: casa propia, aunque sea a pagar en treinta años, automóvil, radio, aparatos automáticos de quehaceres domésticos, educación de los hijos al alcance de todas las fortunas, atención médica de servicio social, vacaciones pagadas, viajes al extranjero a pagar después en abonos cómodos, etc., etc., etc. Lo que es más, este estilo de vida de clase media resultante de una economía de abundancia basada en una tecnología puesta al servicio de la colectividad, este estilo, es artículo de exportación; vale decir, que se implanta y se mantiene y crece aún ahora mismo, en todas partes del planeta. Se quiere decir que pese a la explosión de la población, el nivel de vida sube donde quiera que crece la industrialización. Todo ello dentro del orden de derecho de la propiedad privada y en términos de reforma armónica que es en efecto la única revolución positiva y duradera, la que se hace sin violencias ni conmociones...

De la poltica

El fin de la política es el poder. Política es procura de poder, y el poder es cosa tangible y concreta *(Praxis)* como eso diabólico que se llama "el mando", y el manejo de presupuestos, y los favores a dispensar. El intelectual medio del momento es hombre de pelea, que no de solitud. La política le manda que actúe, que se meta al centro del remolino de la acción. Es a saber, el grupo político recluta los intelectuales en nombre del fantasma de la responsabilidad social, que vale por "engancharlo" al servicio de esta causa o la otra. Acto seguido, servicio

quiere decir obediencia a las directivas y orientaciones del "partido". Esto es disciplina... El ejemplo lapidario de esta epistemología política se tiene en la postura rusófila de 1939. Al estallar la guerra de Hitler contra Occidente se la tiene por querella de familia entre imperialistas —tan perversos los de un lado como los del otro—; pero en el momento mismo en que el germano ataca a la Unión Soviética, la guerra se torna, por el golpe de magia, buena y justa, de defensa de la libertad y los imperialistas burgueses de la noche anterior resultan aliados angelicales de purísima blancura.

De la Religión

Quien quiera ser religioso habrá de ser por ello eclesiástico. Sin iglesia no hay religión. Claro que asimismo sin religión no hay iglesia.

Sin revelación no hay religión.

Desde siempre, toda cultura mana de una catedral. En esta fase, la palabra de paso es cultura.

La Iglesia-Madre, siendo religiosa, fue misionera en todo el sentido de la palabra. En verdad, en sus comienzos, el Cristianismo fue manera de secta judía, hasta que Pablo la heleniza, que equivale a universalizarla.

...en la providencia divina estuvo que la raza de Abraham resultara maestro de religión entre las gentes, si tan sólo por ser la única que supo mantener un principio de continuidad de su cultura religiosa, una especie de sucesión apostólica preliminar de cronistas, historiadores, profetas, salmistas y apocalípticos inspirador del Espíritu Santo, cuyos escritos merecerían si tan sólo por ese acápite, el dictado que llevan, de Palabra de Dios...

Del Ecumenismo y la Ecumenía

Ecumenismo predica en todo evento lo externo de la cosa, mientras que ecumenía señala lo íntimo de tierra adentro de la cuestión. Ecumenismo es movimiento de aplanadora triturador de las sectas, que

apretuja a las denominaciones: gigantismo muy de moda en el hoy con hoy, para que haya una sola iglesia grandota y poderosa a la manera de la Unesco, las Naciones Unidas o siquiera sea como la OEA de Washington D.C. Todo ello a base de la amalgama de los organismos eclesiásticos existentes para mejor disfrutar de las ventajas de la civilización —aparatos de auxilios audiovisuales, expertos foráneos de alta presión que lleguen a enseñarnos un mar de cosas, y en todo caso bolsas de viaje y pasajes de ida y vuelta para ir a reuniones universales en Adis Abeba, Ghana y Timbuctú. Todo ello —cosa fina, mis hermanos— es lo externo superficial de la idea: ecumenismo neto y destarado.

La ecumenía, por contraste, es lo interno del fenómeno. Es la carne del banano, plátano, o guineo. Lo otro, la cáscara, no se come; pero es muy útil para mantener la fruta sana hasta el momento de la ingestión. Ecumenía es concepto de una realidad espiritual humilde por humillada. Ecumenía que se logra sin salir uno de su parroquia, porque el Espíritu Santo desciende con la misma *dinamia* en Cuautitlán que en San Andrés de Escocia, y puede que en Cuautitlán con mayor esplendor todavía, porque ahí no hay intépretes ni bilingües, porque ahí todos son de una misma y sola lengua.

Del Artista y su Creación

"¿Hasta dónde puede ser creador, es decir, poeta, el intelectual prosaico metido en la política de su barrio y abocado a las condiciones de su tiempo y condición («Yo escribo para mi tiempo»)?" Claro que hay intelectuales sin intelectualidad. Y claro también que con la democratización de la cultura ya todos somos intelectuales, lo que vale por un mundo en que nadie lo es.

Se crea en silencio y en oscuridad, como se hace el amor castizo, que es el casto. Para presumir de artista tiene el postulante que escoger entre la torre de la soledad y el jineteo desaforado de la acción callejera. Al modo existencialista hay que escoger entre solidario y solitario...

Recado a Gabriela Mistral

Tiene usted mucha razón; eso mismo que usted dice, eso mismo digo yo. Estamos ante el problema del cuerpo partido de Nuestro Señor... Porque cuando se resuelva no se va a resolver en términos de ramas, sino que de tronco. Las ramas, en lo conceptual, no son antagónicas, sino que sirvientes del tronco y portadoras de su savia. Los cristianos —todos por igual— estamos tratando al Señor de manera más cruel todavía que los hebreos y romanos que lo crucificaron en la carne hace mil novecientos años. Nosotros lo tenemos ahora, espacio ya de cuatrocientos, partido en dos, en lo espiritual. Digo esto creyendo que la Iglesia es el Cuerpo del Cristo eterno...

Hay cartas de hermanos católicorromanos europeos, hermanos de mucho relieve, que las lee usted y no quiere creer lo que dicen de *nuevas actitudes de aproximación,* aún como las que usted menciona en su carta.

Ojalá que mi voz contara, para invitarla a usted a iniciar algo en este sentido de la aproximación de católicos y protestantes... Si usted quisiera hacerlo en forma tangible, qué diera yo por ser el primer recluta de su cruzada...

De Adán y Dios

El hecho actual de los últimos cien años es ese: de un mundo sin Adán, y sin Dios. La muerte metafórica del Hombre de Barro trajo consigo la muerte del Dios que lo formó. Nietzche es consecuencia de Darwin. Estamos con una Ciencia aséptica que limpia el cielo de dioses al demostrar que no son más que mitos, y ello con tal eficacia, que el empíreo se queda vacío de una vacuidad que da miedo y que a los cien años se traslada en concepto de la Nada como sustancia del Todo, según el "dernir cri" de París y sus fraccionamientos ultramarinos.

De la filosofía a la religión no hay más que un paso. La *Muerte de Adán* traería consigo el eclipse de la teología; pero como el hombre es bicho supersticioso, teologizante en toda instancia, es decir, adorador por naturaleza de algo o alguien, ahora que se ve sin Adán y sin Dios,

se pone a llorar de pena grande y aguda y sus ansiedades espirituales son tales ante la ruina del creacionismo tradicional, que los mismos demoledores ponen manos a la obra de restauración de los mitos recién destruídos.

Plegarias

Señor del viento suave y apacible, que emana de las fuentes del más allá de las constelaciones, envía tu viento que nos inspire como si subiera de nuestras propias entrañas para que de nuestras almas minúsculas —ahora fuentes de tu Espíritu— mane virtud...

Señor, Aceite de oliva tú, del Huerto de la Agonía preliminar, que estás a mano como bálsamo aún desde antes que el látigo del César nos raje la espalda...

Señor, Rey de gloria tú, y Emperador de los cielos... Bueno tú y digno de loa, porque tu misericordia permanece para siempre. Y porque te olvidas de nuestra ignorancia y disimulas nuestras transgresiones diciendo "Venid luego y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como grana, como la nieve los emblanqueceré, y si rojos como el carmesí, quedarán blancos como lana. Tú que rehusas holocausto y ofrendas enteras, y que demandas misericordia y justicia..."

De la primacía del factor ético

La presencia del mal implica la presencia del bien, y viceversa. Ello quiere decir que la vida no se mueve por motores económicos, sino que por motivos morales. Quiere decir que hay en la vida un plano que es campo de pugna donde dos fuerzas enemigas halan en opuesta dirección... Y que es en este plano moral donde se deciden los destinos de los hombres y los futuros de los pueblos. El plano moral es el plano humano: plano del hombre que marcha erecto con la vista puesta en el espacio superior. El plano económico es el plano de la biología inferior, del hombre animal. Esto inferior no predica falta de importancia; predica simplemente una demarcación de la vida total: su estadio de simple existencia.

TESTIMONIOS

"Un vacío enorme se ha hecho en la obra evangélica en general. Para mí, en lo particular, ese vacío es más grande: como usted sabe éramos amigos desde los días de la niñez, y conocí a toda su familia, Mercedes fue mi maestra y Carmen mi condiscípula, su papá y su mamá me fueron conocidos y sus tíos también, muchas veces visité su vieja casa y allí jugamos juntos. La misma misionera nos llevó a los dos al Evangelio y la misma Iglesia fue la de nuestra niñez y, ¡cómo no he de extrañarlo!

"Su vida entera fue dedicada a la obra del Señor, una hermosa vida, un ejemplo y una inspiración. Su vida queda en el corazón de sus amigos, en el mío jamás se borrará... Vidas como la de él siguen adelante impartiendo enseñanza y derramando bendición."

Apolinar Zambrano

"No solamente fue mi jefe por diez años, sino también mi amigo. El haber trabajado con él fue una escuela y nunca olvidaré sus enseñanzas. No me había interesado nunca por la literatura clásica hasta que él me dio varios libros que fueron de gran provecho para mí. Aún los conservo y los guardaré siempre con mucho cariño por venir de persona tan querida."

Yolanda Velazco
Ex Secretaria del Dr. Rembao

"Las Américas no tuvieron mejor embajador de buena voluntad en las letras que Alberto Rembao. Con su revista LA NUEVA DEMOCRACIA cosió un tapiz maravilloso de amistad americana. Caballero cristiano, cruzado en este siglo de dudas y desilusiones. Se nos ha ido cuando más lo necesitábamos. Su obra de acercamiento intelectual americano sólo tuvo otro que le iba al lado —Joaquín García Monje con su 'Repertorio Americano' de Costa Rica—. Estamos y estaremos de luto por años. ¡Que su memoria nos alumbre!"

Pedro Juan Labarthe

"This is a great loss to all of us in the National Council of Churches and to persons far and wide who are interested in the relation of the Christian Gospel to the peoples of Latin America and to relationships between our various countries. There are few persons who have had a deeper understanding of the issues in the perspective of the Christian faith or who have communicated their insights more faithfully and effectively than your late husband. All of Protestantism, and circle far beyond the Protestant churches stand deeply in his debt."

"We also esteemed Dr. Rembao personally as a man of deep faith and contagious Christian spirit. I assure you that even those of us who were not priviliged to work with him closely will miss him greatly in the National Council and that his loss will be left for a long time to come."

Dr. R. H. Edwin Espy
Secretario General
Asociado del Concilio Nacional
de las Iglesias de Cristo en los
Estados Unidos de América.

"Todos los que conocimos a Alberto nos honramos con haberlo tenido como colaborador y amigo. Fue un gran corazón y espíritu abierto y de fe profunda. Y su memoria quedará con nosotros como la de un luchador de ilustre estirpe espiritual.

"Reciba usted, a través de mi persona, el sentimiento de pesar de la Iglesia Metodista de América del Sur y del mío propio, quien tenía a Alberto como uno de mis amigos más íntimos en las lides evangélicas, a pesar de haber estado contadas veces en su compañía. La visita de usted y de él a la Argentina todavía es recordada con gratitud y aprecio."

Obispo Sante Uberto Barbieri
Diócesis de Argentina, Bolivia y Uruguay

"Pomona College has lost an alumnus of whom she was proud."

Morton C. Johnson
Director of Alumni Relations,
Pomona College

"Difícil es expresar lo que siento, Julita. Don Alberto fue para mí padre y amigo y lo quise como he querido a pocas personas. La desaparición de don Angel del Río y de don Alberto me dejan desolado. Comprendo cómo tú estarás. Si de algo sirven estas líneas que sirvan para decirte que compartimos contigo el dolor. Dios lo tiene en su seno."

Roberto Esquenazi Mayo

"Si fue para abreviarle dolores, para dar a su alma paz o simplemente para llevarlo a Su lado, no sé. Sólo sé que siento una honda amargura y un enorme vacío dentro de mí. Que Dios bendiga a usted por haber acompañado a su Alberto tantos años; por haber sido su inseparable compa˜era y por todos los sacrificios que como esposa de él tuvo que hacer . . .

"Se nos ha ido, Julita, y lo único que puedo hacer es orar por él, recordar al Señor (¡como si lo necesitara!) esa vida dedicada a Su servicio y pedirle dé a usted las fuerzas necesarias para llevar su dolor ahora y para recordar que Alberto no está muerto, que vive en el corazón de todos los hombres que lo conocieron y que por él son mejores . . . "

Carlos Cinta

"Although we expected this, for we already knew of the seriousness of his state of health, yet withal, it was a shock, for it was the passing of one of the great Latin American evangelical workers. What Alberto Rembao achieved in leading the La Nueva Democracia is what only a great man, of great culture and great spirituality could have carried through. All of us in Latin America have suffered with his decease."

Rodolfo Anders
Secretario Confederación Evangélica de Brasil.

"Todo el personal docente de este Seminario envía a usted por mi conducto nuestra sincera simpatía y profunda condolencia por la final partida de su esposo. Consideramos que no solamente ha dejado un gran vacío en su hogar sino en toda la comunidad evangélica de México y demás países latinoamericanos. Terminó su gloriosa carrera un príncipe de Dios.

"En este Seminario conservaremos un especial recuerdo para el Dr. Rembao que en varias ocasiones vino a edificarnos e iluminarnos con su sabia experiencia y su espíritu noble y fraternal.

Prof. Juan Díaz Galindo
Rector del Seminario Evangélico Unido de México

"In behalf of the Mexico City Friends Meeting, we wish to express to you our deep sympathy over the passing of your beloved husband Alberto. All of us who knew him feel fortunate that his love and strength has touched our lives.

"We remember especially his inspiration in the conference at Palmira in which he did so much to guide us in the path of peace and international understanding.

"His spirit was so kindly and so great that he was able to give something to all of us."

Rosa Poy
Secretaria de la Casa de los Amigos en Ciudad de México

"...el fallecimiento de Rembao es para cuantos disfrutamos de la generosa amistad de Alberto la orfandad de una inteligencia siempre pronta a comunicarnos sus luces y de un corazón pródigo en su afecto.

"Aunque privados de la presencia física de Rembao, él estará de continuo presente en cuantos le llevaremos vivo y triunfante en el recuerdo, no ya como amigo, sino como ejemplo. Sí, más que la muerte puede el afecto para que los que se han ido no se vayan del todo."

Dimitri Ivanovitch

"Siempre sentí gran afecto hacia el Dr. Rembao y hacia usted. Me producía inspiración encontrarme con él y escucharle. Dios lo usó poderosamente para hacer mucho bien espiritual a obreros, iglesias y hermanos en Cristo, así como a muchos amigos. Su compañía alentaba y enriquecía a uno espiritualmente. Por eso le doy gracias al Señor por la bendición que me concedió de haberle conocido y de haber compartido con él las bendiciones del Evangelio."

Francisco Colón Brunet

"He will be greatly missed by a wide circle of friends and colleagues."

Dr. George W. Carpenter
Concilio Mundial de Iglesias, División de Evangelismo y Misión Mundial

"He was indeed a very distinguished editor and we were very proud to have him among our members.

"May I extend to you, on behalf of the P.E.N., our deepest sympathy in your bereavement."

James Putnam
General Secretary, P.E.N.,
A World Association of Writers

"Era un sembrador incansable de las tres simientes siempre esenciales: el Bien, la Verdad y la Belleza."

Arturo Capdevila

"I want to express to you on the passing of your dear husband the deep sympathy of the staff of the United Presbyterian Commission on Ecumenical Mission and Relations. Dr. Rembao was to many of us a constant source of stimulation for our minds and of inspiration to our hearts. We thank God for his life of dedication to His Lord and Master."

John H. Sinclair
Secretary for Latin America

"He will be missed by many, especially those related to the work which was so dear to him, and to which he dedicated so much of his life and talents. For us who occupied space in the same building with him, first at '156' and then at '475', it was an almost daily pleasure to see him either coming to work, or going home...

"There are those who know much better that I the place he has won in the hearts of Latin Americans 'south of the Rio Grande', not only because of the spoken word which he did so ably, but thru his 'pen' whereby his thoughts were even more widely disseminated, but penetrated more deeply to the heart of Latin America and thus rendered an even greater influence.

"...none know better than you the volumes and volumes that would be necessary to contain all of the wonderful Christian philosophy which he has set on the printed page of various kind thru many years and Editor of LA NUEVA DEMOCRACIA and author of many articles and publications."

Dr. Paul Warnshuis

"I had known him since 1928 when he joined our staff—we were then, as you know, the Foreign Language Information Service. Certainly we could not have found an abler or more devoted man to launch our work with Spanish-speaking groups. And it says a great deal, I believe, both for Mr. Rembao and the Council, that the working relationship established 34 years ago continued till his death.

"Mr. Rembao grew with the years and we were always proud to have associated with the Council a man of such brilliant mind, creative intelligence, honest judgment and tested loyalty.

"We always profited from his frank and friendly criticism, and his affectionate interest and concern meant a great deal to all of us. It makes me sad to think he is no longer within reach. But at least we have a heritage of nearly 35 years of friendship and achievement."

He was one of the men who made a far larger contribution to his country and to better international understanding than the world may ever know.

Read Lewis
Executive Director, American Council for Nationalities Service

"Cuando le vimos hace tres meses en Nueva York lo encontramos con buen ánimo y gozando aparentemente de buena salud —¡sentado, como siempre, ante su escritorio, rodeado de papeles y libros, y corrigiendo pruebas de imprenta!

"Usted, señora, cumplió en todo momento con gran cariño y acierto su cometido de compañera dilecta y paciente cuidadora de un intelectual que muchas veces no habrá sabido cuidarse a sí mismo. Con gran pena, sin duda, usted lo echará de menos. Pero puede usted consolarse con el recuerdo de la gran obra que Dios efectuó por medio del ejemplo, la palabra, y, sobre todo, por la pluma de ese insigne pensador y escritor, nuestro inolvidable don Alberto.

George P. Howard



Rembao con huérfanos chilenos en 1946

Dr. Howard Yoder
Comité de Cooperación en América Latina,
475 Riverside Drive
New York 27, N.Y.

Estimado Dr. Yoder:

Quiero darle las gracias por su bondad de permitirme escribir unas cuantas líneas en La Nueva Democracia.

No hallo palabras que sean suficientemente expresivas para dar testimonio de mi profunda gratitud personal. A todas las amistades y amigos les agradezco muchísimo las cartas que he estado recibiendo.

Gracias por sus expresiones de cariño y simpatía, que ciertamente son necesarias para el espíritu que sufre pena y tristeza.

Favor de dispensarme en tardar tanto en contestarles. Ya lo estoy haciendo poco a poco. Que Dios les bendiga.

Afectuosamente,

Julia Gracia de Rembao



Dictando conferencia a jóvenes evangélicos en Guadalajara, México

EDITORIAL

El número anterior de La Nueva Democracia, editado por el Dr. Alberto Rembao, recogía una nota personal del editor. Decía así la nota, cerrada en discreta viñeta:

> Alberto Rembao
> ha cambiado su dirección antigua de 191 Claremont Avenue. Ahora está en La Salle Street: Apartamiento C del Séptimo Piso, New York 27, N. Y.

El presente número, homenaje póstumo a don Alberto, recoge otra nota que indica un nuevo cambio de residencia. Nueva vez el Dr. Rembao ha cambiado su "dirección", y ahora el tránsito ha sido de la "calle" de la duda y de la sombra, donde la verdad que él perseguía se veía "como por espejo, en oscuridad"; a la "avenida" de la certidumbre y del saber completo, donde ya él ve "cara y conoce tal como es conocido". Porque ya no está más en el Apartamiento C de un piso séptimo. Ahora vive y se mueve en un "séptimo cielo", en un "apartamiento" de tamaño sin medida. Porque el cambio de dirección y de residencia sólo sirve para proclamar la victoria última de uno que sirvió a un Señor que siempre guía al triunfo a aquellos que le siguen. El dictum martiano viene como anillo al dedo. "Cuando se ha vivido bien la muerte es una victoria. La muerte de un justo es una fiesta, en la cual, los hombres en la tierra, se sientan a contemplar cómo se abren las puertas en los cielos". Porque hay, en la muerte de un justo, una transformación que destila eternidad. Como que resulta más que cierto aquello de que "la muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida". Pues es seguro que "truécase en polvo el cráneo pensador; pero viven y fructifican eternamente los pensamientos que en él se elaboran".

La Nueva Democracia que ahora sale, en su postrer aliento, pretende ser homenaje, en letra impresa, a uno que fue profesante del periodismo como sacerdocio. Que es pálido el homenaje está más que sabido. Que no alcanzará la estatura del homenajeado, también lo tenemos presente. Pero valgan la sinceridad y el amor que le dan sabor y le señalan su formato. Pues que aquí lo uno y lo otro —lo sincero y lo cordial— hacen de fuerzas que redimen el humilde homenaje.

Al mismo tiempo, este testimonio de admiración y respeto trata de

"ser relámpago y cubrirlo todo". Por eso nos asomamos, de entrada, a una breve ficha biográfica de Rembao. ¡Tarea por demás difícil, ya que no se puede encerrar en los límites de la rigidez cronológica a uno que vivió tan intensamente un hermoso concepto de eternidad! El *Kairos* no cabe en el *Kronos*; la eternidad no puede meterse en el tiempo, a no ser por milagro de encarnación. Después viene una nota oficial: el Comité de Cooperación en América Latina, a quien don Alberto dio, en servicio ilustre y eficaz, los años mejores de su vida, expresa su sentir agradecido por boca de su Presidente y de su Secretario Ejecutivo. A esto sigue una ilustre teoría de firmas, al pie de reflexiones jugosas, que nos presentan facetas variadas de aquella multifásica personalidad. Veamos esto de cerca.

Luis Alberto Sánchez, el peruano de San Marcos, nos ofreció personalmente el título de su hermoso artículo "Mi Alberto Rembao". Gonzalo Báez-Camargo, mejicano de rica pluma, rastrea la veta del Rembao escritor, de su estilo y de sus esenciales motivaciones. Juan A. Mackay, de por siempre metido en trajines ecuménicos, nos habla precisamente de Rembao como "alma ecuménica". Stanley Rycroft, que junto a Rembao libró mucha "buena batalla de fe", lo presenta en íntima faceta: un amigo hablando de otro. Alfonso Rodríguez, de manera breve y clara, nos hace un paralelo entre "la fisonomía matancera" y la fisonomía rembaísta, destacando la coincidencia de ambas. Angel Mergal, intelectual cristiano de Puerto Rico, hace un serio estudio de las estructuras y los módulos mentales de Rembao, un pensador cristiano. El propio Mergal nos envía un soneto —aquí aparece— que es elegía inspirada por la ausencia del amigo. Andrés Iduarte, mejicano que prestigia a la Universidad de Columbia, nos ofrece una estampa total de Rembao, girando contra artículos escritos cuando Rembao vivía. Y vale más —por ser más arriesgado— el elogio en vida.

Un vistazo a la cuna geográfica y cultural de los que escriben, proclama la universalidad de la personalidad de Alberto Rembao. Dos son de la América del Norte; dos tienen origen europeo, aunque el corazón se les ha hecho americano; peruano uno, puertorriqueño otro; dos —claro está— son del Méjico mismo de Rembao; otro es cubano. Y el que ha escogido y ordenado el material es también de Cuba. En todos estos países —y en cien más— dejó Alberto Rembao afectos entrañables, amistades leales, y cosechó admiración merecidísima. En la devoción

al amigo que se adelantó en el Cruce, se unen islas y continentes, sajones, españoles e indios; se dan la mano los que hablan a lo Shakespeare y los que hablan a lo Cervantes; se dan cita, con pareja emoción, los hijos de Juárez, de Martí, y de Bolívar.

Entre los papeles de Rembao, que ha sido nuestro emocionado privilegio leer y repasar, encontramos un artículo marcado por la propia mano de Rembao para el número de Enero 1963. Dicho artículo aparece en este número final de la revista. Y seguidamente un idearium de Rembao. De varios de sus artículos hemos extraído frases y párrafos que forman un pequeño muestrario de sus conceptos básicos. Son gemas extraídas de un cofre que mientras más de cerca contemplamos más inagotable nos parece.

La compañera leal del Dr. Rembao —doña Julita— quien hizo de su hogar un consulado de buena voluntad para todas las banderas, nos dejó entrar al tesoro del epistolario que siguió al tránsito de su esposo. De las cientos de cartas que llegaron extrajimos frases que compartimos con nuestros lectores. Porque el mensaje de condolencia que ellas contienen debe ser recibido por todos, porque todos lamentamos y lloramos la pérdida de hombre tan valioso.

Se cierra este número con un testimonio de la propia doña Julita. En frases sencillas, como lo es ella misma, ha tratado de expresar la gratitud de su corazón hacia aquellos que le han hecho un tanto más llevadera la carga de la separación.

La portada posterior recoge una especie de cristología rembaína. El propio Rembao, vida cristocéntrica, nos dice cómo es *su* Cristo, el Cristo de su experiencia cordial.

Al entregar este homenaje, lo hacemos con la emoción que conlleva todo lo sincero. Recordamos —y copiamos— las frases que el propio Rembao escribiera, allá por el año de 1951, a la muerte de Gutiérrez-Noriega. Al copiarlas pensamos en nuestro excepcional amigo porque recogen nuestro deseo y nuestra convicción de que ya él alcanzó su victoria definitiva:

"Paz a sus restos y consuelo a sus dolientes. En cuanto a su espíritu, cabe decir con el Nayarita ingente: *...ya sabes todas las cosas...*"

—Cecilio Arrastía—



Rembao con estudiantes de teología, Buenos Aires, Argentina, 1946



Los Rembao en cena fraternal con amigos

De ti, muerto Jesús

De ti, muerto Jesús, nace la vida
porque muriendo a la muerte diste muerte
y de tu amor nos vino aquella muerte
que nos levanta a nueva y mejor vida.

Muerte más venturosa que la vida,
pues libra al hombre de la eterna muerte;
y así, mayor tesoro que tu muerte,
nunca le tuvo ni tendrá la vida.

Del sentido la vida me da muerte,
porque tu muerte puede darme vida
que no tema las fuerzas de la muerte.

Muriendo vivo y muero estando en vida
y estoy tan deseoso de esta muerte
que por poder morir, amor la vida.

Pedro de Padilla, España, siglo XVI.